

P · PRIETO · DE · CASTRO ~

# Don Cazuelo

o el Señor  
de Mancerrada

NOVELA

INTRODUCCION



RIQUER

MADRID ~ MCMXXII

6 30976

LIBRERIA  
EDITORIAL REUS S.A.  
PRINCIPALES S. - MADRID

N<sup>o</sup> 338466

N<sup>o</sup> 338466

Alm.

L. *QWTVo*

E.

F.

V.

DGCL

A.



C. 1169125  
t. 135401



DON CAZUELO  
O  
EL SEÑOR DE MANCERRADA  
(NOVELA)



P. PRIETO DE CASTRO

**DON CAZUELO**  
o  
**El señor de Mancerrada**

(NOVELA)

PRIMERA PARTE

**INTRODUCCION**

EN LAS HURDES



**MADRID**

Abril, 1922





# Don Cazuelo de Mancerrada

Si vis vitam  
para argentum.





## A MODO DE PREÁMBULO

*Mi obra es una parábola y el que escribe, como el que habla por parábolas, ya sabe lo que le espera: suplicio de cruz.*

*Olvidada la predicación, menospreciada o preterida cuando no contrahecha, la doctrina del varón justo y esforzado que echó sobre sus augustos hombros la más abrumadora carga, nuevamente clama el mundo redención.*

*El egoísmo impera; el ansia de bienestar material domina; la fiebre de riquezas enardece a los más y perturba cuando no envilece; el analfabetismo se perpetúa; la miseria se extiende; la degeneración avanza; la desmoralización cunde; la desnivelación aumenta; la esclavitud sigue, aunque otros sean los amos; la opresión no cesa, aunque otra sea la forma de ejercerse; la virtud se encoge y se amedrenta; la caridad se restringe, aunque parezca dilatarse; el amor se desnaturaliza; el mérito se oculta; la fe se afloja; la*

*verdad se refrena; el vicio se exalta; la ley se conculca; la injusticia es notoria; la iniquidad manifiesta; el ideal se extingue; la fiera humana no es ya que asome, sino que cobra mayores bríos que nunca, y el mundo, lejos de ser un paraíso, parece más bien el ara propicia a la consumación de un nuevo y cruento sacrificio.*

*Los hombres de buena voluntad debemos preparar el camino por si otra vez viene algún glorioso mártir y se ofrece en holocausto, que resultaría estéril, porque otra vez se repetiría la historia, se repudiaría el ejemplo y nuevamente caería en olvido la doctrina, cuando no fuera menospreciada o contrahecha, hasta por los mismos encargados de defenderla y propagarla.*

*Pero si bien se considera, el mundo no es peor de lo que fué, ni desgraciadamente será en lo venidero mucho mejor de lo que es ahora. Hay un límite de felicidad infranqueable en la tierra para el hombre. Las leyes de su constitución orgánica le atan; las de la herencia le invalidan; las del medio en que vive le impiden muy a menudo ascender y alcanzar las soñadas regiones donde pudiera investirse de una más depurada y espiritual naturaleza.*

*A ello tiende, sin embargo, persiguiéndolo con ahinco. Así, el egoísmo parece fundirse al calor de las ansias colectivas; el analfabetismo parece ir cediendo ante la instrucción que lenta y difícilmente se difunde; la miseria se confina; la depauperación se contiene; la desmoralización se*

*reprime; la desnivelación se reduce; la esclavitud lucha por romper sus ligaduras; la opresión atrae la rebeldía; la virtud se exclaustra y vulgariza; la caridad, trocada en filantropía y más tarde en previsión, se metodiza y aumenta en eficacia; el amor se subordina; el mérito se aquilata; la fe se orienta; la verdad se define; el vicio capitula ante la costumbre que mejora; la ley se ductiliza para cumplirse más equitativamente; la injusticia desata los clamores como la iniquidad las fobias multitudinarias; el ideal resurge; la fiera humana se esconde cada vez más y el mundo, aunque no sea precisamente un paraíso, va siendo un lugar menos inhabitable que en otros tiempos, que no por pasados fueron acaso mejores.*

*La época presente acusa el tránsito desde los antiguos moldes a otros nuevos en que la humanidad se modele más cumplidamente a su fin, que no es el de la bestia, vivir por vivir, satisfaciendo todos sus instintos o el de vivir para morir del santo, reprimiendo todos sus anhelos, sino el de vivir del sabio, para triunfar en los tres órdenes de la vida: el material, el moral y el intelectual, sin ser reo de lesa naturaleza, como de lesa humanidad en ninguno.*

*El que lo fuere, que se mire en el espejo de esta verídica historia que parece novela, o de esta novela que parece historia, porque a semejanza de su héroe, aprisionado en las entrañas del globo, se podrá ofrecer algún día a la contemplación de las generaciones venideras como el fósil de un*

*monstruo que las moverá a indignación, cuando no a risa o cuando no al asco de la podredumbre que provoca la náusea, a la indiferencia que inspira lo inerte o al desprecio que merece la escoria.*

## I

De la sierra de Francia, cuyo nudo o clave es la peña del mismo nombre, sierra y peña llamadas así, a pesar de estar enclavadas en España, entre Castilla la Vieja y Extremadura, derivan hacia el Sureste varias otras sierras, como la de las Mestas, el Cordón, etc., que con la de Gata, antes de internarse en Portugal, y las sierras secundarias procedentes de esta última, cierran, haciéndolo punto menos que inaccesible, el extraño y misterioso territorio de las Jurdes, Hurdes, Urdes y aun Urces, comarca o tierra jurdana o jordana, pues de tan diversos modos se la ha venido designando.

Los geógrafos no han andado siempre conformes en lo que se refiere a la extensión y límites de este país, ni los historiadores acerca del valor y crédito de sus tradiciones y leyendas, ni los etnólogos sobre la naturaleza y raza de sus pobladores, ni los viajeros y eruditos sobre la fertilidad o esterilidad de su suelo, inclemencia o benignidad de su clima, cultura o analfabetismo y aun salvajismo, como hay quien

afirma, de sus habitantes, pues en cuanto dice relación con estos extremos la fantasía de los más, que ni por pienso lo han visitado, ha corrido parejas con la parquedad de noticias de los que lo han visto, que son los menos.

Por haber discrepancias, las ha habido, y aun las hay, hasta sobre la ortografía de la palabra con que el país suele ser nombrado, ya que unos la escriben con jota, otros con hache y otros sin ella, y a veces aparece escrita sin hache y sin jota al principio y con *c* en lugar de la *d* en la sílaba final, de lo que resulta el nombre de Urce, o sea el brezo.

Disputas éstas de gramáticos acerca de una simple voz, que la Academia de la Lengua ha resuelto muy donosamente no incluyendo ninguna en su Diccionario, como si tal comarca no existiera, no ya en España, sino en parte alguna del mundo, o de existir, como, en efecto, existe, no mereciese ser denominada de ninguna manera ni citada siquiera a título de curiosidad geográfica.

La etimología, sin embargo, buscando el origen del nombre de Jurdes, parece haberlo encontrado en el del río Jordán, que discurre por el centro de la comarca y en cuyas aguas fueron en cierto tiempo bautizados sus moradores, tildados entonces de moriscos.

Para explicar el cambio de la letra *o* en *u* en la palabra Jordán no faltaría, a buen seguro, la consabida cuanto manoseada muletilla de la corrupción del lenguaje, que, como todo en la tierra, está sujeto a mudanza, y si a veces mejora, con más frecuencia degenera.

Ello es que una región que, recibiendo su nombre de uno de los ríos que la bañan, el río Jordán, debería llamarse, por ejemplo, Jordania, no se llama así, sino Hurdes, como si se hubiera pretendido borrar la idea que aquella expresión despertase, y alterando poco a poco la palabra, metiendo primero la *u*, abandonando luego la *j* y en su lugar poniendo la *h*, se llegara a la de Hurdes, y hasta sustituyendo la *d* por la *c* y eliminando la *h*, a la de Urces, y, por consiguiente, a una idea muy distinta, pues que las urces son los brezos; bien es verdad que como éstos abundan en el país, a nadie podría parecer extraña semejante denominación.

No hay nada en el mundo sin su razón de ser; pero la razón del cambio de nombre no fué acaso ésa, aunque muy bien podía serlo, sino otra de más enjundia, como la de que los pobladores, tanto moriscos como cristianos, trataran de olvidar el nombre de Jordán, que lleva aparejada la idea de bautismo, como protesta contra el que les fué impuesto a unos y a otros y que los primeros repudiaran por no ser cosa de su religión y los segundos tampoco aceptarían de buen grado, porque creyeran no necesitarlo, viniendo a ser para ellos como un sambenito recibirlo de nuevo.

Ello es que el río ha ido perdiendo el nombre de Jordán que le dieran por tal motivo, quedando con el de Hurdano o Jurdano que hoy lleva, y que irá transformándose como el de la comarca o acaso llegue a desaparecer del todo como lo hace sospechar el nombre adjunto de río de las Vegas de Coria con

que también se le va conociendo, para concluir por ser llamado algún día solamente de este último modo o de Coria a secas, si algún gran suceso o famosa circunstancia no influye para que vuelvan las cosas a su primitivo ser y estado y de nuevo se llame Jordán al río y Jordana a la comarca.

Y si de estas disquisiciones gramaticales y etimológicas se pasa a las descripciones geográficas, y de éstas a las narraciones más o menos históricas y de las narraciones a las cuestiones de oriundez y raza de los jordanos o jordanos y al estudio de su condición física, medios de vida, grado de civilización, carácter y costumbres, no es mucho mayor el acuerdo, viéndose cómo unos censuran a los otros por los errores admitidos en sus obras y a los poetas por las fábulas absurdas y mal hilvanadas en verso sobre este país.

Y es que casi todos han hablado de memoria, por referencias no comprobadas de *visu* y los demás han copiado lo dicho sin meterse a investigar la verdad de sus informaciones.

Hasta cierto punto se comprende y se explica que esto haya venido sucediendo dada la falta de vías de comunicación, reducidas hasta ahora a caminos estrechos y difíciles, de pasos a menudo peligrosos.

Muchos viajeros habrán retrocedido al llegar a la peña de Francia y divisar desde allí la comarca jordana constituída por una serie de elevadas montañas sucediéndose unas a otras como las olas de un mar embravecido que de repente se hubiera cuajado en piedra.

Más allá del valle de las Batuecas la sierra de las Mestas con sus eminencias de La Campana, el Frontal y Migas Malas y más allá de otro valle, el del río Ladrillar, la sierra o lomo del Cordón.

Más lejos, y a la izquierda del observador, la sierra de las Cañas, y de izquierda a derecha la Mesa Santa; luego y por el frente, el Capallar, La Gineta y el Arro-buey; más lejos aun, otras eminencias, como el Cotorro, Berezoso y Canchera y, finalmente, en las lejanías del horizonte, siempre la vista en la misma dirección, Pico Manzano, Alto de Santa Bárbara, Pico Gorrero y Peña Boya.

La sierra del Cordón, tendida casi en medio de la comarca, con sus elevaciones o picos dispuestos en forma de rosario, aparece como la columna vertebral de algún animal gigantesco que hubiera levantado todo aquel mar de montañas con la agitación y el esfuerzo de sus remos poderosos, pero que, vencido al fin en la lucha, sucumbiera y al fraguar el inmenso oleaje de piedra, quedara aprisionado allí para siempre, sepultado el rostro y las turbulentas entrañas y mostrando tan sólo la angulosa testa, la arqueada cerviz y el ciclópeo espinazo (I).

---

(I) Hay rocas que toman aspectos extraños, raros y caprichosos, como las llamadas rocas animadas, de que se citan numerosos ejemplos y unas veces presentan cierta semejanza con seres vivos o muertos, como la célebre roca de Napoleón, en que aparece el perfil de ese genio de la guerra con el tricornio calado y como echado de espaldas sobre su tumba, sumergido en el eterno sueño, y otras ofrecen una analogía más o menos perfecta con la

Eso es aquel país así dividido. Conflagración de montañas, que, celosas unas de otras, hubieran elevado al cielo sus cimas para disputarse los besos del

---

silueta humana, como en el caso de la roca citada o de las no menos célebres de la *Rue des Masques*, en la cuenca de la Durance, a lo largo del río Guil, en otro tiempo río caudaloso, en que las rocas, denudadas por efecto de un fenómeno de erosión, forman a uno y otro lado del río a modo de comparsas de gente disfrazada, de donde el nombre de *Rue des Masques* o calle de las Máscaras. Esto se observa también contemplando en conjunto ciertas cordilleras o cadenas de montañas, señalándose sitios desde donde el espectador puede advertir, siguiendo los contornos de montes y montañas, cómo se dibuja, ya clara o confusamente, el perfil de una figura humana, según ocurre con la muerte de Guadarrama, contribuyendo a la formación de la figura montes a veces muy distantes entre sí, lo que da lugar a que la semejanza se pierda en cuanto se cambia de punto de vista, sin que sea posible descubrir entonces más que algunas de las líneas y no todas las que integran la figura, que solamente desde uno, dos o tres puntos, acaso desde uno nada más, muestra su parecido más o menos exacto, o, por el contrario, vago y desdibujado.

Este fenómeno, como el de los aspectos bizarros que ciertas rocas revisten, es debido en muchos casos meramente a una ilusión óptica, y depende en otros de una apreciación subjetiva que varía con los individuos; pero aunque el objeto o figura representada se conforme en absoluto con la realidad, no tendrá bajo esta relación más que una mediana importancia, si no se le considera ligado a la idea de movimiento, que es lo que en cierto modo lo explica, aunque ese movimiento no esté adscrito o vinculado en la *cosa* misma, sino en el agente o agentes que sobre ella han actuado más o menos largo tiempo.

sol, encerrando entre sus laderas valles, algunos como el de la Fragosa, tan hondos y oscuros que a las tres de la tarde es ya de noche, así como otros tan amenos como campos elíseos, ornados de naranjos y limoneros y surcados por ríos que arrastran arenas de oro.

Así, la comarca jordana viene a ser como la imagen abreviada del mundo, que es también un triste valle, llamado de lágrimas, hondo y oscuro, con cimas de opulencia, de fausto y de placeres, mas ninguna de felicidad verdadera.

La configuración del territorio es la de un cuadrilátero irregular, con su mayor extensión de Este a Oeste, por donde mide unos cuarenta o cincuenta kilómetros, y la menor de Norte a Sur, que viene a ser la mitad aproximadamente.

Las estribaciones de la sierra de Francia y de una parte de la de Gata avanzan por él casi paralelamente en dirección de Noroeste a Sureste, a modo de contrafuertes levantados por la Naturaleza para abrigarlo y defenderlo, haciéndolo difícilmente accesible en la paz, inexpugnable en la guerra.

Esas condiciones naturales han influido, sin duda, en el aislamiento en que ha estado por espacio de tantos siglos, explicándose perfectamente que sirviera de seguro refugio a los godos cuando la rota del Guadalete y más tarde a los árabes, que en él dejaron huellas indelebles de su paso y permanencia.

Asimismo hay señales y vestigios nada dudosos de su ocupación por los romanos, como las ruinas de la ciudad de Otulia, como el célebre camino morisco

que, a pesar de este nombre, es tenido por vía romana y como los numerosos cuanto importantes trabajos de minería, a que tan dados fueron allí como en todas partes los antiguos dueños y dominadores del mundo.

De esto último son testimonio la multitud de cuevas o cavernas, algunas de grandes dimensiones, existentes en diversos puntos del territorio como el valle del Ladrillar, el Cotorro de las Tiendas, etc., a las que la fantasía popular ha exornado con su correspondiente leyenda de tesoros escondidos y que en realidad no son mas que otras tantas bocaminas de las explotaciones romanas de hierro, de estaño y de oro.

Hay además, aquí y allá, ruinas como las de los fuertes de la Fragosa, a orillas del río de este nombre, entre la Fragosa y el Gasco, las del fuerte de Casar de Palomero, en la ladera del alto de Santa Bárbara y otras, pertenecientes todas a la época romana.

Prueba también fehaciente de esa dominación son las medallas con la efigie del emperador Trajano, descubiertas cerca de la alquería de Batuequilla, al pie de La Gineta y orilla derecha del río Jordán.

A raíz de la memorable batalla del Guadalete, en que el buen Don Rodrigo perdió vida y corona o solamente la corona, como sospechan algunos, conservando la vida para disfrutarla en la amorosa compañía de la Cava, cosa que no está aún bien averiguada, ni lo estará ya nunca; los godos, huyendo de la persecución de los árabes, internáronse en la comarca

jordana, que les ofrecía las mejores condiciones de seguridad y defensa.

A su vez los árabes también la invadieron, mezclándose ambas razas, que en ella convivieron hasta la época de la expulsión de los moriscos, en que la comarca quedó despoblada, bien porque aquéllos huyeran definitivamente o porque anduvieran escondidos en las cavernas, donde muchos hallarían la muerte.

En esta situación, unos pastores, que apacentando sus rebaños llegaron hasta sus montes, se fijaron en ella y descendiendo a sus valles, atraídos por su hermosura, la repoblaron, recogiendo algunos de los restos dispersos de las distintas razas que la habían invadido y evacuado sucesivamente y dado el régimen de sus patriarcales costumbres los acogerían solícitos y amorosos en el seno de sus hogares para formar una sola tribu y en ocasiones hasta una misma familia.

Los valles limitados por las sierras citadas, en las que hay montañas tan elevadas que otras también altas parecen pequeñas, están surcados por ríos como en Ladrillar o de la Rivera, el Jordán, el Esperaban y el Ovejuela, afluentes estos últimos del río de los Ángeles, que con el nombre de río Pino, va a desembocar con los dos primeros en el Alagón, como éste a su vez en el Tajo.

Si se toman como puntos de partida la sierra de Francia y la de Gata, los riachuelos que de ellas y de otras sierras secundarias nacen dentro de territorio jordano, confluyen para formar otros mayores, así

como éstos acuden a engrosar con sus aguas las de otro río principal, el Alagón, corriendo después para reunirse al Tajo y por el Tajo salir al mar.

Si prescindiendo de la corriente y de su dirección se toma como punto de partida el Tajo y se compara éste a un gran árbol, una rama principal es el Alagón que, al acercarse a la tierra jordana, se divide y subdivide en ramas medianas y ramitas, formando apretado haz; y si llevando por otro derrotero la semejanza se compara el Tajo con el tronco de un hombre, un su brazo es el Alagón, que al llegar a las Jurdes describe una especie de arco, al que afluyen los ríos principales de la comarca por entre los dedos de roca de sierras y montañas, formando como una mano colosal de piedra, mano que, vetuada de metales, algunos preciosos como el oro, que en menudos granos esparce y derrama generosa por las arterias de sus ríos, podría abrirse ampliamente a los beneficios de la civilización, de la prosperidad y del progreso; pero que permanece aún cerrada como un puño y más que aprisionada por las ligaduras de roca de sus cordilleras, aherrojada por una tiranía de siglos, ejercida por una villa vecina, la Alberca, que, amparándose en un odioso privilegio, otorgado por el feudalismo, ha oficiado largo tiempo de torniquete compresor, que la ha cerrado torturándola bárbaramente.

## II

En una alquería de las Hurdes, la comarca extremeña, cuya somera descripción acabo de trazar con tosca pluma, vivía una infeliz viuda, más que vieja por la edad, pues frisaba en los cincuenta años, envejecida por la miseria y las privaciones y, sobre todo, por los sufrimientos morales nacidos de sus desgracias, en compañía de un su hijo, zagal de bozo en labio, vello apuntando en el pecho y podadera al cinto.

Componían la indumentaria del joven, sobre una camisa de estopa, abrochada al cuello con un botón de hilo, un chaleco de ancha solapa y paño burdo, un calzón de lo mismo con follados por abajo y seguido de unos zajones de piel de cabra sobajada para cubrir las piernas, los pies descalzos y en la cabeza un sombrero hecho de un tejido de lana basta. En el invierno llevaba además sobrepuesta, colgada del pescuezo, una a modo de coraza o casulla, también de piel como las polainas, más larga por delante que por detrás, sujeta a los costados con correas.

La de la viuda la constituían, aparte la camisa de lienzo áspero, sin bordados ni flecos en las bocaman-

gas como la de las ricas, un refajo de tantos colores como remiendos, medias de estambre, zapatos de oreja sin hebillas, pañuelo de algodón al pecho y sobre el pañuelo esclavina corta de bayeta.

La casucha que les servía de albergue, construída de pizarra, a usanza del país, se diferenciaba, sin embargo, de las demás, no tanto por la capacidad y distribución de sus piezas como por la claridad y alegría de sus luces, que dejaban pasar dos medianas ventanas abiertas en las paredes laterales de la habitación del fondo y que contribuían a sanear el ambiente dando entrada al aire puro de la montaña.

Como las otras casas de la majada, que más que casas eran verdaderas chozas, se componía de tres piezas; pero así como en aquéllas la de la entrada estaba destinada al ganado, la del centro al batán del aceite y al vino, con el hogar de la lumbre en uno de los rincones, donde a duras penas hervía el miserable puchero, y la del fondo a dormitorio común, en que promiscuaban edades y sexos, en ésta la pieza del centro se alargaba en sus extremos formando sendos salientes en la fachada, y en uno estaba instalada una pequeña cocina y en el otro la cuadra, tabicada e independiente, alumbrada como la cocina por dos ventanitas de un pie en cuadro.

En la pieza de entrada o zaguán dormía el mozo, cerca y a un lado de la puerta, como fiel guardián de la vida y el amor de su madre y en la del fondo dormía la madre, segura y confiada en la lealtad y el cariño de su hijo.

En la del centro, que antecedió por un lado a la

cocina y por el otro a la cuadra, yacía el exhausto batán, sin pringue de mosto ni borra de aceite, conteniendo en su hueco vientre, por encerrar algo, unas camisas de tascos, unas pieles de macho cabrío, unos calzones de paño burdo y un sombrero de desecho, comprado en Ciudad Rodrigo por la época de la feria.

La cocina tenía el hogar por lo bajo, sin campana, con la salida de humos por las dos ventanitas y su ajuar, semejante al de las otras casas, llamándolas así por llamarlas de alguna manera, no podía ser más humilde, consistiendo en una sartén, pero ¡qué sartén!, dos platos de barro y otros dos de madera, tres cucharas talladas en brezo, otros tantos pucheretes, un cantarillo para el agua y una artesilla, sobre la cual descansaba un caldero herrumbroso y parcheado.

La cuadra, con dos pesebres en las paredes fronteras, uno más alto para las caballerías mayores y otro para las menores, formados ambos de troncos de árbol ahuecados y descortezados, hallábase desierta de aquella clase de bestias y en su lugar ocupada por unas cabras delgaduchas, de ubres flácidas, tumbadas en el suelo descansando de su ramoneo del día anterior.

La casa estaba toda ella asentada sobre la peña viva, de textura pizarrosa, que abunda en aquellos parajes, adoptando en el trazado de su planta la forma de una cruz: a la cabecera, la madre coronada de las espinas de su viudez y de los dolores y penalidades sufridas; a los pies, el mozo, pronto a caminar

por los senderos del mundo, pero retenido allí por el amor de su madre; y en los brazos de la cruz, agarrados, metidos, taladrando los huesos, los dos clavos agudos y penetrantes que laceraban a la viuda cuando pensaba en aquellas dos hijas de su alma, a quienes no había vuelto a ver ni acaso vería ya nunca. A esto se añadían las angustias, dificultades y estrecheces de la propia subsistencia y más que de la de ella de la de su hijo, lo que con frecuencia le arrancaba lágrimas. Otro objeto de su preocupación era también el estado de salud del ganado, débil apoyo de los dos, cosa que a menudo le quitaba el sueño.

La cama de la viuda se componía de una tarima, un jergón lleno de hojas secas de árbol, rugientes como sonajas, un colchón de pelote, una manta de burda trama, que por los claros del tejido que ofrecía resultaba una alambarrera contra el frío y unas sábanas de estopa, tiesa, apergaminada y áspera, que restregaba el cuerpo como un estropajo.

Aun así no había otra cama como aquélla en todo el lugar, pues la mayoría estaban reducidas simplemente a un montón de hojas de helecho sobre el duro suelo, las más veces podridas, convertidas en estiércol, donde se revolcaban como animales hombres y mujeres, padres e hijos, hermanos y hermanas, toda la familia, en la más repugnante mezcla y contubernio.

Como la ventilación era imposible por no haber más abertura exterior que la puerta de entrada, aquel estiércol, amontonado en la última pieza y cargado

de fétidas emanaciones, daba al aire un olor nauseabundo, con lo que las casas parecían, más que moradas de seres humanos, manidas de fieras.

La de la viuda era una singular excepción. El difunto Viriato Guinea, modelo de esposos y de padres, de inteligencia, aunque no cultivada, naturalmente despierta, de corazón magnánimo y de voluntad constante, había llevado a cabo, en horas robadas al descanso, aquellas necesarias mejoras, ampliando el zaguán, ensanchando la pieza del centro a un lado para la cocina y al otro para la cuadra y abriendo en la habitación del fondo dos ventanas para darle la luz y el aire que le hacían falta.

El infeliz había visto morir uno tras otro cuatro hijos: al primero, de un raquitismo que se lo había llevado hecho un nudajo de huesos incurvados y retorcidos como alambres; al segundo, de una atrepsia invencible que lo había macerado y encogido como si lo hubieran metido en alcohol; al tercero, de una tabes mesentérica o tisis de vientre, hinchado como una vejiga; al cuarto, por último, de un tifus que le había ennegrecido labios, dientes y lengua, como si le hubiera besado en la boca el mismo demonio y queriendo salvar a los hijos que le quedaban, comprendiendo que no lo conseguiría en la zahurda o mazmorra que tenía por morada, donde el aire pestilente y microbioso envenenaba la sangre, después de cavilar mucho puso manos a la obra, viéndola al fin concluída y a los postreros de sus retoños en un estado de salud y de robustez envidiable. No se contentó con esto, con sanear y mejorar su vivienda,

sino que también procuró adornarla y embellecerla, a cuyo fin, y en los cuatro ángulos entrantes que resultaban exteriormente del cruce de los dos cuerpos de la construcción, plantó otras tantas parras, que con el tiempo extenderían su verde follaje sobre los huecos y adelantándose hasta la puerta la cubrirían formando un hermoso dosel.

Terminada aquella obra, en la que había derrochado buena parte de sus energías y cifrado tan grandes esperanzas, algunas de las cuales se habían realizado por virtud de la luz y el aire que había dado a la vivienda, cayó en la cuenta de que había hecho toda una señora cocina para un mal puchero, toda una señora cuadra con dos pesebres sin un mal rocín o una borriquilla que en ella estabulase, un famoso batán, en fin, para vino y aceite, mas los odres vacíos y viendo agotados sus escasos recursos y que con el mísero jornal que ganaba no podía atender al sustento de la familia, empezó a escarabajearle la idea de abandonar aquella ingrata tierra y emigrar a América, a cualquier parte, donde por mal que le fuera no le iría peor seguramente.

Así, en efecto, no podía seguir; era imposible seguir al servicio de aquel Manrique, su amo, vecino de la Alberca y señor de las cuatro villas del valle jurdano, que tanto tiempo lo había explotado, estrujándolo como un limón hasta dejarlo sin gota de zumo.

Sin cesar había estado trabajando para aquel hombre maldecido, que por un ínfimo salario lo traía siempre de zoca en colodra, cuándo con el lino o

con los frutales, cuándo con la viña o con el olivo, ahora con la cava y la siembra, luego con el abono y el riego; tan pronto, según la época, arando como segando, podando o vendimiando, pisando el mosto o prensando la aceituna, yendo y viniendo sin darse punto de reposo, madrugando con el alba, trasnochando para ahuyentar al lobo, atravesando los desfiladeros de las montañas, bordeando los precipicios, desafiando las cumbres, bajando al llano, pastoreando al ganado o llevándolo al peguero para marcarlo o al esquileo para la lana. Y todo eso, y mucho más que eso, por el amo y para el amo, aquel Manrique o Manricón, como le llamaba la gente, que allá en la Alberca se daba aires de señorón, sin ser otra cosa que un villano harto de ajos, soberbio, avaro, iracundo, ahito de gula y cansino de pereza; en una palabra, con todos o los más de los pecados capitales encima, y por encima de los pecados capitales el egoísmo, que es el padre que los engendra a todos.

Y él, en tanto, reducido a la condición de jornalero de por vida, sin llegar siquiera a la de pelantrín o pegujalero, con un corto estipendio, que no le alcanzaba para el remedio de las necesidades de la familia.

No poseía nada y por su mujer y sus hijos había querido poseer algo. La casica en que vivía es verdad que era suya y muy suya, pero le había costado mucho mejorarla para hacerla habitable. Sin eso, aunque suya, hubiera tenido que abandonarla, so pena de resignarse a morir todos como habían muerto sus cuatro hijos, pues a casa sin luz y sin aire, infecta y mal

oliente, verdadera habitación de troglodita, se impone la evacuación o la muerte.

No poseía nada más que aquella casita y un huerto, escarbado por él en una ladera de la montaña y fecundado con el sudor de Valdesca, su esposa, que lo cuidaba como si fuera un jardín de las más preciadas flores.

Él la ayudaba cuando podía y trabajando juntos lo habían cercado de tapia para defenderlo de las intrusiones del ganado y, sobre todo, de las inundaciones; pero, a pesar de ello, por dos veces las tempestades lo habían destruído y asolado, esterilizando el esfuerzo de todo un año.

Nunca es el hombre más pequeño que en su lucha cuerpo a cuerpo con la Naturaleza rebelde y nunca aparece más grande que cuando triunfa de ella.

Viendo que los muros no evitaban el daño, en cuanto una tormenta los socavó y puso a punto de derribarse, cercaron el huerto con seto vivo de espinos, con lo que las aguas torrenciales, en lugar de lanzarse con rapidez y estrago sobre la pendiente, se detenían ante el obstáculo de aquella vegetación, cuyas raíces las absorbían en gran parte; pero si así contrarrestaron un tanto el daño de arriba, no remediaron el de abajo, la inundación, pues el agua, subiéndolo, atravesaba la cerca de espinos y se encharcaba en el huerto para descender después arrastrando la tierra con todo lo que sustentaba.

Aparte de tamañas contrariedades y tribulaciones, que no eran flojas, ¡qué huerto aquél! ¡Era una bendición, una verdadera delicia! ¡Qué legumbres más

exquisitas, qué hortalizas más sabrosas, qué plantas más productivas, qué frutos más delicados, qué variedad de tonos verdes, qué profusión de colores, qué hermosura de follaje!... Al pobre hombre se le ensanchaba el alma de veras al visitarlo y contemplar las maravillas que su mujer hacía.

Allí se criaba de todo: desde la judía blanca a la indiana de careta y desde ésta al judión encerrado en sus estoposas vainas; desde la berza verde palmada de nervios ambarinos hasta la lombarda de moradas pencas; desde los guisantes redondos y nutritivos hasta las sandías hidrópicas y las gordas y abultadas calabazas como peras infladas por gigantes; desde el rábano puntiagudo encapuchado de rojo sobre la albura de su carne recia como la de los mariscos hasta el nabo fusiforme y el alargado pepino lleno de tuberosidades; desde el cebollino propio para el trasplante hasta la tierna cebolleta y desde la cebolla picante que hace llorar al cebollón soso por lo dulce; desde el ajo común al chalote y desde éste al castañuelo con sus bulbos envueltos en túnicas bermejas; desde el amorcillado tomate de piel de raso hasta la virgen y pálida escarola con los rubios rizos cayendo sobre el seno de nieve.

De todo se criaba allí, de esas mil hortalizas y legumbres, con las que, sin duda, el hombre debutó en su alimentación, juntamente con la diversidad de frutas que pródiga le ofrecía la Naturaleza, hasta que complicándose la vida y necesitando para su consumo mayor cantidad de energías en el menor volumen, pasó a la alimentación animal, y en múltiples ocasio-

nes llegó... a comerse a sus propios semejantes.

¡Qué huerto aquél! ¡Lo mucho que producía y lo poco que con él se ganaba!

Se ganaba muy poco y a menudo se perdía y se ganaba poco, porque a los gastos de entretenimiento, abono, reparación de herramientas y otros, había que agregar las pérdidas por heladas y mal tiempo, sin contar los daños de las tormentas, las mermas por género que se averiaba y las dificultades de la venta por falta de buenos caminos. Esto sobre todo. No había una mala carretera, no ya a la Alberca, pues aunque no la hubiera no importaba, ya que de allí venía el mal y no era cosa de allanarle la distancia, sino ni a Granadilla o a Herguijuela de la Sierra. No había más que aquel antiguo camino, que, a juzgar por su nombre de *Camino Morisco*, debió ser obra de los moros, aunque también se decía y había llegado a oídos de Viriato que lo habían hecho y trazado unas gentes llamadas *romanos*, afirmación que no sabía lo que encerraba de verdad, por más que los sabios tampoco lo sabían mejor.

¡Ah! Si hubiera existido una carretera con ramales que se internaran en el corazón de aquellas sierras, un ramal sobre todo al valle del Jordán, ya se hubiera procurado algún trozo de terreno baldío, que a orillas del río se extendía cubierto de helechos, para dedicarlo al cultivo y con esto, con un huertecico en el Cerezal para fruta y el que Valdesca cuidaba con tanto esmero, ya irían viviendo y sacando adelante a sus tres hijos.

Para eso, para llevar las hortalizas y la fruta de una

a otra comarca, porteándolas adonde tuvieran fácil salida, a la vez que para comodidad de su mujer y servicio de entrambos, era para lo que había pensado tener dos o tres caballerías y construído aquella soberbia cuadra con dos pesebres, que a la sazón estaba vacía desgraciadamente.

Irían viviendo y, ¡quién sabe!, con el tiempo acaso ahorrarían hasta para plantar una viña con unos pocos olivos y tendrían ya seguros el vino y el aceite para todo el año, si es que no rendían también algo más para darlo a la venta.

Para eso había hecho aquel hermoso batán provisto de su husillo, que, tumbado en el zaguán junto a las tinajas, había estado aguardando en vano empleo acomodado al fin para que se había hecho. Con los huertos, la viña y el pequeño olivar, amén de las tierras embosquecidas de helechos que él descuajaría para cultivarlas haciéndolas feraces por obra y gracia de su trabajo, ya no tendría que envidiar a nadie ni al mismo Manricón en persona, si lo era, aquel hombre infame, con el pensamiento a lo ruin, el corazón al cesto y la mano a la tajada.

Todo esto sin contar con la no despreciable producción de los tres castaños centenarios, que, según la tradición, contaban más de setecientos años, los únicos que habían escapado a la terrible enfermedad que había destruído todos los de la comarca y que para gozo, gloria y regalo suyo y de Valdesca, aun subsistían en la explanada delantera de su casita, mostrando su magnífico ramaje sobre el enorme tronco de siete a diez metros de circunferencia en



la base, con la corteza retorcida en espirales y estriada de grietas numerosas como arrugas de su vejez.

Los tres castaños pertenecían a todos los vecinos de la majada; pero por una especie de derecho consuetudinario, transmitido de sus antepasados y respetado hasta entonces, era para él la mitad de la cosecha que daban, bien es verdad que a su cargo estaban el cuidado y conservación de los tres matusalenes y no hacía tanto que había tenido que recomponer, como quien dice, uno de ellos, tapando con un amasijo que había hecho, algo así como una especie de cemento, los extensos deterioros que habían causado en su corteza las lluvias por un lado y por otro los pájaros y los insectos.

Mas, así como para el rico hasta las menguas suelen ser honras, para el pobre las horas son siempre menguadas, no llegando nunca la de realizar todo aquello que había soñado y tierras, viña, huertos y olivar no estaban mas que en el mapa de su imaginación.

¡Ah! ¡Si siquiera pudiese acudir al Pósito en demanda de dinero a módico interés para el cultivo de un buen campo que le dieran en arrendamiento!

Mas los Pósitos, esos beneméritos establecimientos, que son el mejor remedio contra la usura y por ende han de tener como principales enemigos a los usureros, aunque están fundados sobre el crédito y fianza personal, carecen hasta ahora de la base necesaria, aunque se les puede dar, para la mayor eficacia de ese crédito y si el fiador había de ser otro tan desgraciado y tan pobre como él sería insuficiente la

garantía y tendría que ir a pedírsela a Manrique o a algún otro de su calaña que, por de contado y como buen usurero, se la negaría.

La idea de emigrar, de irse a América, tomó cuerpo otra vez en su mente con el ansia de realizar todo aquello y mucho más. La ambición es una sirena que nos va alucinando poco a poco y concluye por ahogarnos.

Sí; marcharía a América, pero no iría solo; partiría la familia con su mujer. Él se llevaría a las niñas y a su mujer le dejaría el hijo, aquel muchacho robusto y coloradote, que no tardaría en mover el batán y llenar de aceite los odres.

Al hombre las dificultades que no ha de vencer personalmente suelen parecerle las más fáciles de resolver; así es que cuanto no había podido él conseguir en semanas, meses, años enteros, ni aun en siglos que hubiera contado de vida, se imaginaba que lo lograría su hijo en una hora. A veces se le aparecía el hijo con la aureola del luchador triunfante, libre, rico, poderoso, tanto o más que aquel odiado Manrique, que no había tenido de él duelo ni lástima.

Cada vez que se acordaba de su amo y del trato que le daba, del inicuo comportamiento que con él tenía, le enardecía más el deseo de emigrar, de irse lejos, muy lejos, porque así como estaba no podía seguir y, además, su situación, que siempre hubiera sido calamitosa, resultaba agravada considerablemente por efecto de la desgracia que el cielo le había enviado sin merecerla, una de esas desgracias, de esas heridas, que ahondan más cuanto más tiempo pasa.

¡Emigrar!

Individualmente sentida, la emigración es una esperanza, la de realizar un sueño, como es una temeridad, la de ir en pos de un desengaño. Emigrar es, en efecto, morir, como puede ser resucitar, es penar como es acaso dejar de sufrir; es alimentar una ilusión a la par que fomentar un olvido; pero la ilusión puede desvanecerse y el olvido no perdonarse; es levantar los brazos abatidos por la miseria para marchar con los brazos abiertos al encuentro de la desventura; es correr a buscar gloria, fortuna, honores, para volver tal vez envuelto en mayor tribulación; es decir adiós quizá para siempre a lo más querido para verse obligado a pactar con lo más odiado; es libertarse de una pesadilla para encadenarse a una obsesión; es o puede ser una vida que se dilata, pero puede ser una vida que se trunca; es las más de las veces un mal, pero puede resultar un bien indudable para el desdichado que la realiza y cuyas energías iban decayendo hasta la ruina más o menos completa sobre la tierra originaria para exaltarse hasta un grado increíble sobre aquella otra adonde le arrastra el destino.

Aun no vista la nueva tierra, todo lo que sueña el emigrante halaga su imaginación y su deseo. Cuando la ve, casi nunca hay decepción, todo colma su esperanza y la comarca más triste y árida le parece fecunda, pródiga y alegre; los campos más estériles, feraces; los cielos más sombríos, risueños; los aires más caliginosos, puros; las charcas, fuentes; los arroyos, ríos; los ríos, plata; los montes, oro; las gentes,

aun las menos hospitalarias, encarnación de la misma fraternidad.

Como hecho general y humano la emigración, todos o los más de los pueblos la han disfrutado o padecido. La historia de la humanidad puede reducirse a la historia de sus emigraciones.

En el terreno sociológico es uno de los hechos, que no fenómenos, más complejos y más difíciles de analizar y sentenciar por el filósofo que lo estudia atento.

Producto de muy diversas causas y factores es, en general, un hecho nacido de la necesidad y muy excepcionalmente dirigido por el puro capricho de cambiar de ambiente.

Esto último no es ni puede calificarse de emigración, como no lo es la visita, aunque sea detenida, duradera, a extraños territorios, aun los más alejados, llevada a cabo por razones de orden profesional, de carácter artístico, de combinaciones financieras que complementen negocios emprendidos en el país de origen.

La verdadera emigración no es esa, como no es tampoco esa otra llamada *golondrina* que se establece periódicamente de una nación a territorios limítrofes o muy cercanos, como la de las comarcas españolas de Levante a Argelia u otras regiones del Africa y que vuelve a sus puntos de arranque para reproducirse a su tiempo, género de emigración en el que puede ser incluida la denominada en cuadrilla o caravana como la de los segadores gallegos por tierras de Castilla, Extremadura o Andalucía durante

la época del estío o la de los pueblos de Asia en sus peregrinaciones.

No es siquiera esa otra emigración, la *fragalina*, en que los vástagos, hembras o varones, pero sobre todo varones, que libres, célibes, se separan del tronco familiar como los vástagos de la fresa, y de ahí su nombre, para fijarse y a veces arraigar en tierras extrañas, más conservando los lazos de unión con la planta madre.

La verdadera emigración es la que supone o significa una larga y continuada ausencia, un alejamiento material y hasta espiritual, un abandono acaso definitivo del suelo de la patria para asentarse en suelo extranjero, y en ésa, ya no son solamente individuos aislados, son familias, ancianos y niños, pueblos casi enteros que se desplazan y ausentan para no volver. Esa es como síntoma la emigración que aterra, la verdaderamente dolorosa y terriblemente acusadora, la espantosa y trágica, que sangra como una herida abierta por donde se va la vida y, de generalizarse, la que aniquila, depaupera y mata.

En las otras hay todavía algo que atrae, que llama incesantemente hacia el país nativo, a la patria amada y concluye por triunfar.

En esa última, por el contrario, hay algo, hay mucho, que repele, que empuja a mantenerse alejado al infeliz tráfuga, algo que le mortifica, que le daña, que le envenena, para que lo más hermoso de la patria ausente le parezca feo y odioso; los campos más fértiles, desolados páramos; los cielos más benignos, enojosos; los aires más suaves, ásperos; las fuentes,

charcas; los ríos, serpientes; los montes, túmulos; las gentes, aun las más amables, enemigas.

Sobre todo, la ancianidad y la niñez ponen siempre una nota emocionante en el sombrío cuadro de la emigración.

¡La ancianidad! ¿Dónde irá ya el árbol carcomido y seco sino a morir allí donde se le trasplante? ¿Dónde también la tierna infancia sin ventura que aun con mayor capacidad de adaptación requiere para no perecer los más prolijos y afanosos cuidados?

La vida del hombre necesita para desenvolverse plenamente una cierta estabilidad en el lugar o patria de nacimiento, no reñida ciertamente con los frecuentes viajes y aun con la residencia accidental en suelo extraño. La civilización, con el equilibrio del bienestar que procura, es la que puede echar, la única que puede echar las bases de esa estabilidad al repartir por igual sus beneficios en todas las naciones del globo; pero entretanto que esa igualdad se alcanza, si es que llega a alcanzarse algún día, la emigración subsistirá, estableciéndose, por lo regular, desde los países menos favorecidos por la Naturaleza, más atrasados o más pobres, hacia los que gozan de mayor prosperidad y adelanto.

Viriato, aunque hombre de una tierra en que no había prendido la idea de la emigración, que, sin embargo, se respiraba como una necesidad en el ambiente, pensaba que así, tal como estaba, no podía seguir y que era preciso emigrar. Sí; decididamente se marcharía lejos, muy lejos, a América y se llevaría consigo a sus dos hijas, librando a su pobre

mujer de las preocupaciones, afanes, trabajos y disgustos que le aguardarían caso de dejárselas. Allá, en América, ya se las arreglaría él, aunque también le aguardaran trabajos, disgustos, afanes y preocupaciones. Ya se las arreglaría como Dios le diera a entender para contrarrestar las calamidades que le sobrevinieran. Los males vistos de lejos parecen siempre más pequeños, cuando no engendros de la propia fantasía.

Mas... ¡si fuera ya demasiado tarde para ir a América! ¡Ah, si lo hubiera hecho antes, si hubiera asentido a lo que años atrás le había propuesto aquel amigote suyo de la Alberca, Alejo Bonanza y Carcabuey, cuyo padre comerciaba por los valles de las Hurdes vendiendo ropa de uso y sombreros de desecho adquiridos a bajo precio, casi de balde, en Béjar, en Ciudad Rodrigo o en Salamanca!

No se le olvidaría jamás, no se le podía olvidar aquel Alejo Bonanza o *Cazuelo*, como le llamaban sus camaradas por burla del extraño chapeo que llevaba, un capacete redondo y lustroso, hecho a retazos de un sombrero de copa alta que había llegado a manos de su padre y que éste decía haber pertenecido a un sabio de la Universidad salmantina.

Siendo muchachos, Alejo le había propuesto marcharse a América o a cualquier parte, a correr el mundo y él no le había hecho caso tomando la proposición de su amigo como una chiquillada.

Su amigo no tenía entonces quince años; así es que lo que le propuso le pareció a Viriato una niñería, máxime no contando con recursos para realizar

el más corto viaje. Su amigo tampoco los tenía, mas como era decidido su propósito y no carecía de ingenio, procuró agenciárselos a todo trance, para lo que imaginó un plan que llevó a la práctica inmediatamente.

Los pelos se le ponían de punta al acordarse de aquella escena, de aquella malaventurada ahora, fecha de origen de su desgracia, en que su honradez, propia y heredada, había quedado en entredicho para siempre.

Era una noche que daba miedo, noche cerrada y tan oscura y sombría que se hacía difícil, si no imposible, orientarse y avanzar por las calles sin luz, tristes y silenciosas.

Disputaron ambos en voz baja. Él, Viriato, no quería. *Cazuelo*, en cambio, estaba resuelto. No; aquello no era ya una niñería, una chanza de muchacho, sino algo serio, grave, muy grave, como que era un pecado muy gordo, era un delito; pero Alejo no se detenía ni se arredraba y seguía andando, andando, con un hacha de leñador al costado, la cual ocultaba cuidadosamente entre los pliegues de la anguarina y él detrás de Alejo, procurando disuadirle de su abominable intento, pero andando, andando también, sin saber lo que hacía, sin huir ni tratar de huir, atraído por el abismo de aquella noche sin luz y la audacia increíble de aquel mozalbete sin conciencia.

Por fin y después de caminar a tientas largo trecho, dieron vista a la iglesia, cuya silueta borrosa se dibujaba confusamente ante el cielo estrellado de la noche.

Pegada a la iglesia, medio ruïnosa, había una capilla, las puertas de roble, alabeadas, sucias y relucientes por el frecuente manoseo, resquebrajadas y mohosas por su vetustez de siglos, ennegrecidas y a trozos chamuscadas, como deben de estar las del purgatorio, si prevalecen contra el fuego de las llamas que las azotan por dentro y las embestidas de los condenados que se agolpan por fuera.

En cada una de las puertas se abría, a la altura de una persona, una ventanita con enrejado cruciforme y a través de ella se veía, allá en el fondo, sobre un altar, alumbrado por dos lampiones de aceite que dejaban caer sobre los muros sus oscilantes círculos de sombra, un cuadro de ánimas, en el que aparecían, como es de rigor, arriba, la reina de los ángeles y abajo muchas cabezas, muchas figuras humanas, algunas con corona o diadema, otras con mitra y las más a pelo, todas con los brazos levantados y tendidos en actitud de súplica, las manos juntas en actitud orante y los cuerpos anegados en un mar de llamas.

A él le pareció que todas aquellas cabezas eran de otros tantos infelices que estaban como él suspirando por huertos y tierras de labor, olivares y viñedos y que sumergidos en el piélago de su miseria clamaban a la madre de Dios para que los sacara del proceloso mar donde estaban a punto de ahogarse, llegándoles hasta el cuello el fuego abrasador del ansia que los devoraba.

Alejo o *Cazuelo* no veía ni miraba nada de esto, no veía nada, ni siquiera miraba al cuadro. Lo que

miraba afanoso era el sitio que detrás de una de las puertas ocupaba el cepo de las ánimas por debajo de una de las ventanitas llegando hasta el mismo dintel de la puerta. El cepo debía estar lleno de dinero, pues no era escasa la piedad y como no se vaciaba mas que a largos plazos, era de suponer que estuviera abarrotado.

Alejo trató de meter la mano a través de los hierros, hurgó cuanto pudo en la hendidura por donde caía la limosna, batió una y otra vez fuertemente las puertas, que, a pesar de estar tan carcomidas, no cedían, hasta que, por fin, viendo que de ninguna manera lograba apoderarse de lo que tan vehementemente deseaba, enarboló el hacha que a prevención llevaba y descargó dos tremendos, dos furiosos golpes sobre el cepo, que hicieron saltar un pedazo de la puerta hecho astillas.

Detrás de la puerta y formando la pared anterior del cepo había una plancha movable de metal que giraba hacia dentro sobre un eje horizontal situado en la parte inferior y que en los ángulos superiores estaba taladrada, pasando por los dos agujeros sendas cuerdas sujetas con gordos nudos.

Alejo hizo presión sobre la plancha, ésta cedió, aunque con alguna dificultad, pero aumentado y sostenido el esfuerzo giró hacia dentro hasta colocarse horizontalmente y entonces... ocurrió una cosa singular, extraña: las dos lámparas de aceite se apagaron al mismo tiempo que empezaron a tocar las campanas con un son quejumbroso y nunca oído.

Un tanto alarmado Alejo abandonó la plancha, que

inmediatamente recobró la posición primitiva cerrando el cepo, a lo que siguió un nuevo tañido de las campanas, mas las lámparas siguieron apagadas.

Repetida la operación en la misma forma volvió a escucharse el angustioso toque, como si las ánimas del purgatorio, abandonando el lugar de sus tormentos, hubieran acudido a la torre de la capilla a mover los badajos llamando a los vecinos para que persiguieran al ladrón de sus limosnas.

Aun no pensando esto Alejo, sino muy al contrario, suponiendo que todo sería obra de alguna ingeniosa disposición ideada por el viejo sacristán de la capilla, Ignacio Sacalma, en previsión de cualquier golpe de mano, como así era en efecto y comprendiendo que dado el aviso no tardaría en acudir gente cogiéndole en el garlito, a toda prisa arrebató cuantas monedas pudo, se las metió en los bolsillos haciendo un buen bulto y echó a correr, dejando sobre el campo la mellada herramienta con que había descargado el hachazo y abierto en canal el cepo.

Viriato echó a correr también en dirección opuesta, mas con tan mala suerte que a los pocos pasos topó con el hijo de Sacalma, Deogracias, a quien acompañaban su padre y otro vecino, que trataron de apoderarse del fugitivo; pero éste, imaginando que si se dejaba prender estaba perdido, so pena de denunciar a su camarada, que en venganza le echaría a él la mayor culpa o, por lo menos, le acusaría como cómplice, siguió huyendo y no paró hasta verse fuera del pueblo.

Errante por aquellos contornos anduvo hasta la

mañana siguiente, en que muy de madrugada, apenas había amanecido, se disponía a penetrar en las Jurdes, cuando sus perseguidores le alcanzaron, devolviéndole al pueblo de la famosa hazaña, donde lo entregaron a la justicia, representada por aquel alcalde, aquel escribano y aquel alguacil que tantas veces había visto por las Hurdes imponiendo multas, cobrando tributos y abrumando a los jurdanos con cargas y gabelas con arreglo a antiguas ordenanzas de los tiempos medioevales, que, aunque tarde, demasiado tarde, derogadas en las leyes, no habían caído todavía en desuso y por las que a ningún jurdano le era permitido roturar un palmo de terreno ni plantar un solo árbol sin la exacción consiguiente, llegando tan feroz despotismo en sus vejámenes hasta el extremo de que si sobresalían las ramas de un árbol de los límites de la finca, se imponía una fuerte multa al autor del hecho vandálico de cultivar y hacer prosperar a la atrevida planta que así extendía sus ramas sin respeto de las lindes o si no, echaban abajo el árbol despojando a su poseedor de todo derecho de propiedad y privándole hasta del disfrute de la madera, con lo que no hay que decir si se propagaría la holganza y se entronizarían el atraso y la miseria, pues no hay medio mejor y más seguro de empobrecer y arruinar a un país, volviéndolo a la barbarie, que atar los brazos al trabajo honrado y poner trabas a su libre iniciativa.

Aquellos hombres maldecidos, que tantas lágrimas habían hecho derramar a sus difuntos padres, tomáronle declaración; pero más que eso lo que hi-

cieron fué acusarle del delito, cuyo esclarecimiento se perseguía, como si en vez de jueces atentos a sus respuestas, hubieran sido la misma parte perjudicada.

Ser jurdano era ya un mal precedente para tales hombres, acostumbrados a ver en todo jurdano un ser semi salvaje y perverso manchado con los vicios más inmundos, un esclavo, un miserable, un paria incapaz de redención, cuando no un demonio merecedor de las mayores execraciones y no tanto porque así lo creyeran, sino porque fingían creerlo. La creencia más temible y de mayor obstinación es ésa, la del hipócrita, porque está calculada para la lucha con la razón y la verdad. Los obstáculos más serios que pudieran oponérsele ya los ha tenido en cuenta el mismo que la abriga y la mantiene.

¡Pobre Viriato! Al desdichado que al nacer lleva sobre sí la difamación de su patria, como el hijo la de su madre, y más si la difamación es injusta y calumniosa, le aguardan mil sinsabores en la vida, ensombreciéndosela desde la cuna al sepulcro.

Ser jurdano y robar a las ánimas era para aquella gente la cosa más natural en un diablo como aquel, que, arrebatándoles el producto de sus limosnas, les quitaba la posibilidad y la esperanza de entrar en el cielo, como si allí también ejerciera el dinero su poderío.

Estaba claro como el agua: Viriato era el delincuente. ¿No se le había visto huyendo? ¿Por qué huir no siendo culpable! Verdad es que no se le había encontrado encima ni una sola moneda; pero, ¡bah!, las podía haber enterrado o entregado a persona de

su confianza. Había tenido tiempo de hacerlo durante la noche que pasó errante y a la aventura. Mas ¿no estaba allí el cuerpo del delito, aquella hacha de leñador, que no podía pertenecerle sino a él, dedicado ordinariamente a faenas que exigían el frecuente empleo de tal herramienta?

Por otra parte, ¿no era indicio más que vehemente encontrarle de noche lejos del lugar de su vecindad y residencia y cerca del teatro de su fechoría? Pero, ¡qué más!, allí estaba el chicuelo Deogracias, el hijo del sacristán, afirmando que era él, el miserable judano, el que había asestado el hachazo al cepo y que él mismo, por sus propios ojos, le había visto, a pesar de la obscuridad que reinaba.

No había más que un testimonio que pudiera serle, hasta cierto punto, favorable: el del carpintero *Chafandín*, quien reconoció en el hacha la misma que hacía pocos días había recibido de los Bonanza con el encargo de arreglarle y sujetarle el astil y cumplido el encargo se la devolvió a sus dueños en fecha anterior a la del robo.

Verdad era también que al joven Alejo, desde aquella fecha precisamente, no se le había vuelto a ver por ningún sitio, ni vivo ni muerto, desapareciendo como si se le hubiera tragado la tierra. ¿No podía esta desaparición venir a confirmar y dar fuerza a lo declarado por *Chafandín*?... Pero, ¡bahl, ¿cómo dar crédito a éste si estaba siempre borracho?

*Chafandín* afirmaba que el hacha era la misma compuesta por él, y aun antes de mostrársela dió las señas y, entre otras, la de un nudo de la madera

medio resquebrajado, al que había puesto una pieza para tapar la resquebrajadura; pero suponíase que el carpintero conocía acaso el hacha por ser amigo de Viriato, llegando a no dudarse de que la hubiera tenido en sus manos para arreglarla y de que fuera cierto lo de la compostura del astil, mas por encargo del último y no de los Bonanza. La prevención del ánimo es como una niebla que no deja ver con claridad ni el brillo de la justicia ni el armiño de la inocencia.

Así, por pura prevención, se creía que el desaparecido, es decir, Alejo, habría tenido que salir del pueblo por quehaceres urgentes, como aseguraba su padre cuando le interrogaron y por la misma obstinada prevención se esperaba que el que aparecía como fugitivo no tardaría en volver tan inocente como había marchado.

Nada, nada; el jurdano y nadie más que el jurdano era el autor del inicuo atentado, impío y abominable, contra la propiedad de las ánimas benditas, el autor del escandaloso robo, del infame atropello, del inicuo despojo, del espantoso sacrilegio y, sobre él, sobre aquel salvaje sin piedad, sin sentimientos y sin conciencia, caería sin demora el peso de la justicia y la maldición de las gentes.

En consecuencia, lo encarcelaron confinándolo en un hediondo calabozo, sin permitirle comunicarse con nadie mas que con su carcelero y tal cual vez con los que iban a tomarle declaración sobre declaración para ver sin duda si se contradecía y aprovechar la más pequeña cosa para hacerla resaltar como contradicción palmaria; pero él manifestaba siempre

lo mismo: que había llegado por casualidad delante de la capilla en el momento en que se apagaban las luces y sonaban las campanas y que, sobresaltado, echó a correr por miedo y no por otro motivo, sin saber adónde y sin reparar en persona alguna y que su misma inocencia había hecho que no se diera a partido cuando trataban de detenerle y no se dejó detener por ignorar lo que había pasado, pues de haberlo sabido, a fin de no aparecer sospechoso, se hubiera dejado prender en el acto, confiando en que cuanto alegara en su descargo, sería, no ya bastante, sino sobrado para ponerle en libertad.

Su presencia en el pueblo de la aventura la justificaba por trato de negocios que tenía con *Chafandín*, como era verdad; mas aunque probado hasta la saciedad este extremo, no sólo no se le dió valor, sino que se estimó casi como una confesión de inteligencia con el carpintero para el efecto de la declaración de éste sobre el hacha y su compostura.

A causa de esto se llegó a desconfiar de *Chafandín*, aunque todo el mundo le conocía y era proverbial su hombría de bien, a pesar de su habitual embriaguez y seguramente, de haber sido también jurdano, hubiera bastado aquella mera sospecha para recluirlo del mismo modo.

La escena con su camarada Alejo la ocultó Viriato cuidadosamente, guardándose de mentarle para nada y después se alegró de haber procedido así, dando a su amistad con el mozalbete lo que éste no merecía, pues de haberlo denunciado, declarando enteramente la verdad, hubiérase creído que trataba de echar

sus culpas sobre otro cualquiera para eludir de este modo el castigo.

Así transcurrieron unos cuantos días hasta que empezó a entender en la causa el juez, un señor un tanto viejo, calvo, de frente estrecha y arqueada nariz, muy tieso y espetado, ante el cual compareció Viriato, esperando que tuviesen pronto término sus desventuras. ¡Vana esperanzal

El juez, don Rufo Cervizalta, era un hombre de escasísimo talento, aunque dotado de feliz memoria, que se sabía de carretilla las leyes, pero incapaz de desenmarañar un proceso y si alguna vez llegaba al convencimiento moral de que alguno era culpable, como no hubiera prueba legal, como la ley no lo alcanzara con alguno de sus artículos, lo dejaba ir tan campante o, por el contrario, retenía al inocente por los siglos de los siglos como las apariencias lo condenaran.

Esclavo de la letra, del texto escueto de la ley, siempre que las circunstancias estimadas por ésta se reunieran y realizaran, hacía inmediatamente la calificación de criminalidad, del mismo modo que la desechaba si no concurrían tales circunstancias, aunque se la declararan a voces hasta las piedras, pareciéndose en esto al médico que no diagnostica la enfermedad mas que cuando va acompañada del cuadro entero de síntomas que leyera en los libros, y si uno o varios de ellos faltan no la reconoce, como la desconoce si sobran y cuando el que, a su juicio, sobra es el dolor, se ríe del enfermo y no tolera que se queje.

Era hombre que no sondeaba las almas, ni escudriñaba las conciencias, ni penetraba en las intenciones, ni exploraba los pensamientos, ni barruntaba los móviles, ni adivinaba los fines; se atenía tan sólo a los resultados, a los que aplicaba el patrón legal, que era su medida, sin meterse en más adivinaciones, barruntos, exploraciones, ni sondeos.

Para tanto le estorbaba el cansancio del oficio y, sobre todo, la edad: que la misión ardua, delicada y siempre augusta del juzgador no se aviene con las edades extremas, ni con la tierna juventud, ni con la adusta vejez; con la primera, por la falta de seguridad y aplomo que da la experiencia; con la segunda, por la falta de resolución y de iniciativa que producen los años; es función propia de la edad media de la vida y requiere al hombre en la plena posesión de todas sus facultades, juntando a una experiencia suficiente la enérgica actividad del joven, sin ciegas vehemencias, y la acrisolada prudencia del viejo, sin letales timideces.

Para don Rufo, la resolución de todo asunto criminal era muy sencilla. ¿Había una declaración en contra? Pues el acusado era culpable si no había otra de tanto peso a su favor. ¿Había una a favor sin ninguna en contra? Pues era inocente. Pero ¿había una a favor y otra en contra? Pues ni culpable ni inocente: sospechoso. ¿Había dos, tres o más? Ponía unas y otras alternativamente en los platillos de su balanza y a pesarlas. Las que más pesaran, que para él eran siempre las más, constituían la norma que regía su conducta. Las menos, aunque estuvieran repletas

de verdad y de razón, esas las echaba a un lado.

No podía decirse que fuera venal, no lo era; pero su criterio resultaba tan estrecho que casi siempre marchaba de acuerdo con las pretensiones de los malvados, como que casi nunca lo estaba con los dictados de la justicia, por lo que a menudo resultaba severo hasta el rigor con el inocente, o blando hasta la lenidad o hasta el perdón con el culpable.

Juzgar es la operación más alta, más excelsa del entendimiento, como perdonar es la obra más grande del corazón. La una, sin el curso de la otra, no vale lo que significa; ambas se buscan, se necesitan y se completan; así, que perdonar sin juicio es yerro, como juzgar sin compasión es crueldad.

Cruel o equivocado: tales eran los dos rasgos más salientes de la silueta moral Cervizalta.

Si la misión del juzgador es siempre difícil, para don Rufo esta dificultad era casi insuperable.

Del careo de Bonanza padre con el carpintero *Chafandin*, ¿qué había sacado en limpio? Pues que el uno afirmaba y el otro negaba, y hete aquí al buen Poncio sin saber a qué atenerse ni a qué partido sumarse.

¡A qué el careo, ese afrontamiento de dos personas citadas a singular cuerpo a cuerpo, pugilato de verdad contra mentira, de buena contra mala fe, a veces de astucia contra astucia y maldad contra maldad, sin un juez sabio, experto, sereno, sensato, ecuaníme, de mirada profundamente escrutadora, hábil conocedor del corazón humano, que busca la intención más allá de la palabra, que hace escrupu-

oso examen biológico de los combatientes y desnudándoles de su ropaje exterior, de su envoltura carnal, ahonda y penetra hasta las entrañas con el escalpelo de una crítica severa y concienzuda, sacando pus infecto, miserable despojo de la vida, o sangre fresca y rutilante, venero de vida, que es la verdad!

Del careo de Viriato con el acólito Deogracias, ¿qué resultó? Si el juez hubiera notado la vacilación con que el chicuelo refería cosas que no había visto, desde que suponía a Viriato acercándose al cepo y hendiéndole a golpe de hacha hasta el momento en que echó a correr asustado y la seguridad y lujo de detalles con que describía la tentativa de prendimiento del presunto ladrón, hubiese podido observar que el muchacho forjaba una novela con tal cual retazo histórico, llenando los huecos la infantil imaginación con cualquier patraña y, por el contrario, del relato del jurdano, sobrio, seguido, acaso deficiente, pero no enteramente falso, hubiera podido comprender que el hueco que el acólito colmaba con una invención, el otro no lo tapaba de ningún modo, cuando tan fácil le hubiera sido acusar a un desconocido cualquiera.

Allí había un misterio, que otro que no fuera Cervizalta hubiese procurado descifrar; pero don Rufo no se metía en semejantes descubrimientos, para los que la naturaleza no le había dotado de condiciones, y seguía su cómodo sistema, aunque en no pocas ocasiones se pusiera a cien lenguas de la verdadera justicia.

Después de las declaraciones y careos el pobre

preso no volvió a saber más hasta el día que le fué levantada la incomunicación, lo que alentó su esperanza haciéndole ver cercana la ansiada libertad, aquella hermosa libertad de que había gozado y con la que se le hacía más llevadera y soportable la pobreza; pero, en fin, hasta que lo consiguiera, ya se consideraba remediado siquiera con poder hablar a la gente y tener noticias de su novia, de la garrida moza Valdesca Reginaldo, que allá en su alquería estaría suspirando de amor por él, si es que no había llegado a sus oídos la desdichada aventura en que figuraba como culpable y ella también le había creído el ladrón, llegando a cobrarle odio o desprecio. La pobreza y las desgracias vuelven al hombre suspicaz y receloso.

El primero en verle fué *Chafandín*, quien al punto le refirió textualmente su declaración, así como el ca-reo tenido con el padre de Alejo; y al infeliz Viriato, desvanecida en parte su suspicacia, le consoló en extremo ver que, por lo menos, había alguien, cualquiera que fuese, que estaba plenamente convencido de su inocencia.

Bajo una mala capa se esconde a veces un buen bebedor—dice el refrán—y nunca fué éste tan cierto como aplicándolo a *Chafandín*, que era, en efecto, un borracho empedernido, pero al mismo tiempo una excelente persona, incapaz, no ya de cometer una infamia, sino de hacer el menor daño a nadie, como no fuera a su consorte, de genio endiablado y de armas tomar, que en cuanto lo veía a medios pelos se enredaba con él a puñetazos y puntapiés, entre gri-

tos y voces descompasadas, a lo que él ponía coto amarrándola fuertemente y acariciándole espaldas y posaderas con un vergajo.

Fuera de esto, a lo cual se veía provocado por su mujer, que no sabía llevarle el aire, era lo que se llama un buen hombre y muy amigo de sus amigos, por quienes llegaba a todo menos a dejar de beber, sacrificio que estaba por encima de sus amistades y no hay que decir que de sus conyugales afectos.

*Chafandín* se ofreció a Viriato para llevar noticias suyas a Valdesca; y el preso, aceptando regocijado el ofrecimiento, escribió a su novia una carta, de que fué portador *Chafandín* y en la que aquél contaba en cortas, pero expresivas frases, lo ocurrido, no callando lo que había omitido en sus declaraciones ante el juez; esto es, nombrando al verdadero culpable.

Al estar escribiendo ¡cuántas veces se acordó de aquella escuela de Nuñomoral, instalada bien miserablemente en la primera pieza de una casuca, al lado de la cuadra y adonde en unión de Valdesca concurría durante su infancia, haciendo la travesía desde las respectivas alquerías en que moraban, las cuales estaban próximas una de otra!

Las dos criaturas reuníanse para hacer juntos el camino y marchaban cogidos a ratos de la mano, los pies descalzos o embutidos en sendos zuecos que a menudo tenían que quitarse para poder andar, subiendo y bajando vericuetos, bordeando las torren-teras, triscando como cabritas entre las rocas apuntaladas sobre el abismo y según el tiempo y la esta-



ción, ya hundiéndose en la nieve de los altos o engolfándose en el polvo de las llanuras reseca.

¡Cuántas veces habían tenido que retroceder asustados a la vista de los lobos o los jabalíes, detenerse aterrados por los fragores de una tormenta, resbalar cegados por los cristales de hielo de una ventisca o volver traspasados de dolor por la picadura de un alacrán oculto traídoramente bajo alguna de las piedras del camino.

A pesar de tamañas contrariedades y obstáculos, que más de una vez habían puesto en peligro su vida, los chicuelos sentían cierta complacencia en hacer la cotidiana excursión, más por el gozo de verse, que iba en aumento hasta convertirse por el hábito en una verdadera necesidad de su espíritu, que por llegar a la triste mansión, donde tenía su escuela el pardo de capa remendada, abarcas hasta el tobillo y sombrero haldudo, deslucido y abarquillado por los lados, que no era precisamente un Séneca, pero tenía sus puntas y ribetes de Diógenes.

El tío Cirilo Vivanco, que así se llamaba, o *Ardilla*, como le apodaba la gente, era un hombre excepcional, todo voluntad, todo acción, que a haber nacido en otro país más comercial, en el seno de una sociedad aun más positivista y respirando un ambiente de negocios en que los números y el cálculo se sobrepusieran a todo, hubiese llegado a ser un potentado con una inmensa fortuna, uno de esos titulados reyes, y él se hubiera podido titular *rey de la Chacina*.

Enjuto y afeitado, la cara larga, la nariz estrecha,

los ojos pequeños, grises y rijosos, pero inteligentes y expresivos; la frente plana y remetida hacia las sienes, el pelo laso, negro, terminado en punta sobre la nuca; la boca de dientes amarillos, mal engastados en la encía y a trechos dispuestos en dos filas, lengua enrevesada y saliva espumajosa presta a salpicar el rostro del interlocutor más próximo, era el prototipo de la escasez y de la cutrería, la miseria andando; pero también la voluntad, la férrea voluntad obrando prodigios para triunfar de la miseria.

Con la triste peseta diaria que tenía de soldada, casi, como él decía, lo que una criada de servicio en Cáceres o en Salamanca, había ido arribando a dar los estudios de cura en carrera breve a un hijo, fincar al otro de los dos varones y a la única hija establecerla en una tienda de tocino y embutidos, amén de la sal y del pimienta, ajos, cuerdas, cintas y otras zarandajas que en ella se vendían.

Él lo hacía todo y estaba en todo, moviéndose continuamente, sin descansar un instante desde que el sol amanecía hasta bien entrada la noche que se acostaba para dormir cuatro o a lo más cinco horas, con lo que tenía bastante. El remoquete de ardilla le sentaba de perlas.

Él se había construido su casa, que no era un palacio, pero tampoco una vil choza, sin ser albañil; él se hacía y remendaba la ropa y la de sus hijos, sin ser sastre; el calzado de la familia, sin ser zapatero. Él había desasnado al hijo que iba para cura, metiéndole la letra con sangre; ayudaba al hijo labriego en el campo y a la hija en la tienda; pero más que

ayudarles, lo que hacía era enseñar al uno, aun a costa muchas veces de las posaderas del aprendiz, a aprovechar la tierra del bancal más ínfimo, a no desperdiciar el abono ni malgastar la semilla, y a la otra, que, según él, era muy *mohina*, calificativo que aplicaba a los torpes, la enseñaba a manejar el peso escatimando la mercancía, cosa que la predicaba al son de algunas bofetadas que ponía a la pobre muchacha las mejillas como amapolas o bien restregándole en los morros el tocino, cuando no tirándole el peso o poniéndoselo por montera.

Él, en compañía de su hijo el labriego, araba bien su media huebra, sembraba, trillaba, cavaba y binaba las viñas, cuidaba el ganado de labor y le limpiaba el establo con todo esmero, pues en achaques de limpieza era la misma pulcritud, ordeñaba las cabras y retenía una parte de la leche para hacer queso, cebaba los cerdos y él mismo los mataba, sazónaba el picadillo para los embutidos, compraba y vendía; en una palabra, él lo hacía todo y estaba en todo, y todo lo hacía por los suyos y sólo por los suyos, para los que tenía ese fiero egoísmo de las madres, lo que no obstaba para que tratara de vaca y pandorga a su mujer, que era muy floja y cachazuda, de chota a su hija, de berrendo en negro al estudiante de cura y a su otro hijo el labriego de cabestro.

Cuando se incomodaba, a lo que era muy propenso, se ponía verdaderamente furioso tomando la actitud irritada y los ademanes agresivos de los monos, le lloraban de rabia los ojos, la boca proyectaba la saliva con más fuerza que de costumbre y la len-

gua, sin dejar de ser estropajosa, balbuceaba con enojo frase que, aun no bien entendidas por el farfuleo, se transparentaban por la mímica de que las acompañaba, frases breves e incisivas como navajas que lanzaba con el desplante de una mujer de plazuela, de las que abundan en las grandes ciudades.

Aquella lengua murmuraba de todo, pero en especial del cacique, y haciendo alarde de una independencia que, como él afirmaba, se había ganado por sus propios puños, motejaba a la gente de carneros, porque no se rebelaban contra el odioso yugo de aquel bárbaro de la Alberca que sabía menos que el chico más rocín de su escuela.

Estas murmuraciones habían llegado a oídos del de la Alberca, quien había jurado tomar venganza; pero *Ardilla* lo que decía por detrás lo sostenía también por delante, y más de una vez se había dado el caso de encontrarse ambos frente a frente en pleno campo, el maestro y el cacique. Éste había increpado a aquél; pero el maestro, lejos de asustarse ni de callarse, llevado en alas de su indignación se había apropiado al cacique midiéndole con el hombro y después de mirarle de reojo y levantar una de las piernas en señal de desprecio, imitando a los perros cuando evacuan una necesidad, había echado a andar volviendo de vez en cuando la cabeza para proferir diatribas contra el albercano y todos los de su ralea, dejándole absorto y clavado en tierra como un monolito.

Como maestro habilitado, menos aun que los llamados elementales, el tío Vivanco, que ya había as-

cendido en el tratamiento a señor Cirilo, estando próximo al de don Cirilo, cosa que lograría en cuanto que hiciera a su hijo cura, aunque le importaba más el din que el don, era poco, muy poco lo que sabía, pero eso lo sabía bien y lo enseñaba mejor, por lo que resultaba un maestro hasta excelente, que al buen maestro no lo hacen tanto las muchas letras como la vocación y la buena voluntad, no tanto las ideas sublimes ni los alambicados conceptos como el método sencillo y, sobre todo, práctico de comunicar los conocimientos.

Leer, escribir, pero escribir con ortografía, con mucha ortografía, las cuatro cuentas de enteros, quebrados y decimales, la regla de tres y alguna otra, era todo lo que alcanzaba su limitada jurisdicción científica; pero todo eso lo metía en el caletre de sus alumnos y lo remachaba de modo que no se iba nunca, a trueque de golpes de su puntero que él enarbolaba como un machete para desbistar la selva inextricable de la ignorancia.

Con los discípulos torpes, a los que él llamaba mohinos, era duro y aun cruel, empezando por su hijo, al que había acardenalado cien veces antes de hacerlo cura. En cambio, con los inteligentes como Viriato y Valdesca era indulgente y amable hasta el punto de prestarse a acompañarles en el regreso a su alquería un buen trecho del camino para salvar los sitios peligrosos y ponerlos en franquía.

Este buen comportamiento del maestro, que cuando no castigaba se hacía querer, juntamente con el deseo de aprender que animaba a los dos chicuelos,

eran los únicos motivos de atracción que éstos podían sentir hacia la escuela, instalada en un local que lo mismo y aun mejor podía estar destinado a los más bajos menesteres.

Érase, en efecto, un zaguán cuadrilongo, con los muros de adobes mal enlucidos de cal, el suelo mal pavimentado de baldosas de pizarra, pared por medio de la cuadra, con la que tenía de común el techo, un tejadillo abuhardillado, formado por haces de urces, donde en el buen tiempo anidaban las golondrinas y en todo tiempo trabajaban las arañas, que lo hubieran guarnecido con sus telas sin la constante hostilidad del maestro que las mantenía reducidas al ras del agujero; la puerta de entrada, abierta por arriba para dar paso a la luz y cerrada por abajo con una cancela de madera, por encima de la cual entraba arremolinada la nieve en el invierno, y en el verano enjambres de avispas y todas las variedades de moscas, mosquitos y moscardones, que al zumbiar producían el más insistente e incómodo bordoneo, y, como menaje, media docena de bancos atravesados y sin respaldo, donde los chicos se ejercitaban en torcerse el espinazo, y con el tablero delantero, no inclinado, sino horizontal y tan bajo que parecía inventado exprofeso para congestionar los infantiles cerebros y las malaventuradas retinas.

La escuela, templo de la cultura, donde se recibe el bautismo de la enseñanza, debiera responder a todos los anhelos, a todas las solicitaciones del ideal y ser, por su situación, lugar apacible; por su condición, sitio ameno; por su orientación, centro abierto a

todos los vientos del cuadrante y a todas las ansias del espíritu; por su construcción, edificación sólida, como las verdades fundamentales y encantadora como el bienestar que la instrucción procura; por su decoración, dechado de sencillez, a la par que de buen gusto y elegancia; por su ornamentación, como fanal que cubra y guarde las galas y tesoros de la Naturaleza.

Así, su disposición podría ser: amplio peristilo, donde en los intercolumnios, como en altares erigidos a los dioses de la lengua, se consagrasen esculpidos en letras de oro los trozos más escogidos del vernáculo idioma; espacioso vestíbulo destinado a rendir pleito homenaje a la limpieza y al vigor del cuerpo como medio de alcanzar la sanidad de la mente, *mens sana in corpore sano*; el interior dispuesto en aulas de techos elevados, rasgados ventanales, cuadros murales de extensos y dilatados horizontes y cada aula un museo, un gabinete, donde se dieran lecciones de cosas; y el conjunto de todo esto hermanado con la Naturaleza, rodeado, ceñido, abrazado, circundado de jardines donde mantener el culto de la belleza, aunque sea transitoria, como la de la flor, pues la belleza es cual rastro o huella divina que se aparece a los ojos, fulgura un instante y se pierde en lontananza como breve promesa de otra vida mejor y más perfecta.

En las aldeas y pueblos, donde ausentes lujo y riqueza no sean posibles tantos refinamientos, siquiera casa aislada, sencilla y bien dispuesta, adonde lleguen los rayos del sol entre árboles y flores y las

luces del espíritu entre delicadezas de amor, suavidades de paciencia y perfumes de tolerancia, como armonías celestiales capaces de domesticar a las fieras.

El recuerdo de aquellos aun no remotos tiempos y aquellas andanzas acudió a la memoria de Viriato y sólo por la carta que entonces podía escribir a su amada, daba por bien empleados todos los trabajos y fatigas sufridos con el afán de recibir la escasa instrucción del pobre maestro que regía la aun más humilde escuela.

Cuando Valdesca leyó la carta pensó desde luego en ir a demandar justicia, presentarse al juez, referirle lo que sabía, y si no le daba oídos, contarlo a voz en grito en la plaza pública, proclamando la inocencia de su amado y era mujer capaz de ejecutar lo que pensaba, por temerario que fuera, con tal de que en ello no hubiera motivo de indignidad o de humillación para su persona, rodeada por la leyenda de un nimbo de nobleza y austeridad que trascendía a todas sus acciones y a la que ajustaba siempre su conducta.

La leyenda la hacía descender en línea recta de uno de los más principales caballeros godos, próximo pariente del rey Don Rodrigo, que, formando el séquito del desventurado monarca, tomó parte en la batalla del Guadalete y después de la derrota fué a refugiarse en las montañas jurdanas, donde, desengañado del mundo, de sus pompas y vanidades, contrajo matrimonio con una infeliz lugareña, con la que tuvo un hijo, siendo éste el lazo que le ató para

siempre al país, del cual no salió más, recibiendo en él sepultura.

La descendencia fué siempre masculina y de un solo varón y esta particularidad hizo que la atención de las gentes se fijara en aquella familia, siguiéndola la tradición con visos de leyenda desde su noble origen a través de las generaciones unipersonales que se iban sucediendo hasta llegar a Valdesca, en quien se interrumpió la herencia masculina.

Aun con ser mujer Valdesca y por misterios de la generación, que quedarán acaso para siempre sin explicación, no ya satisfactoria, pero ni siquiera aceptable y menos, plausible, los rasgos característicos de familia se acentuaron más en ella que en ninguno de los varones antepasados suyos, resultando una figura por todo extremo interesante en medio de la rudeza de su vida de aldeana.

Tez blanca, frente ancha y despejada, ojos grandes y expresivos, de iris oscuro, casi negro y mirar profundo, nariz un tanto aguileña, boca ni pequeña ni grande, de labios sonrosados, graciosas mejillas no muy acusadas, orejas de fina factura y lóbulos perfectos, mentón redondeado, cuello firme y robusto, pero contorneado con elegancia, cabello castaño ondulado ligeramente: tal era el retrato de su belleza natural y sin afeites, y si el noble godo de regia estirpe, de quien descendía, la hubiera podido conocer, es seguro que hubiese ambicionado para ella una corona, a la que haría honor la seriedad majestuosa de su semblante, no reñida con la placentera sonrisa que alguna vez animaba su hermoso rostro.

Y si el caballero godo, su noble ascendiente, la hubiera llegado a conocer, hubiese quedado prendado, más aun que de su belleza física, de su índole moral, en que al lado de una ingenua bondad, que constituía el fondo plácido de su carácter, descollaba un valor verdaderamente incomparable para arrostrar las adversidades de la vida, como si en su persona se hubiera concentrado por la herencia de varias generaciones todo el esfuerzo de suprema, heroica resignación que hubieron menester su progenitor, el pariente del rey Don Rodrigo y los demás vencidos en Segoyuela.

Detrás de los vencidos entraron en las Jurdes sus vencedores, los musulmanes y mezcla de ambas razas era la familia de los Guinea, a la que pertenecía Viriato, que llevaba en su sangre las cualidades heredadas de las dos: el ímpetu y la soberbia arrogancia de los unos juntamente con la tristeza y el desaliento de los otros.

La ascendencia de Viriato se remontaba a uno de aquellos cehegies, pobladores de los desiertos orientales de Berbería y Numidia, que llegó a ser rey de Granada en el siglo XI y su rama, diseminada luego y confundida con otras de su misma tribu, se acercó en sus correrías a las Hurdes, donde penetraron guareciéndose al abrigo de sus montañas que les recordaban las del Atlas africano.

Más tarde, cuando en la época de la Reconquista fueron a su vez vencidos y expulsados los musulmanes de los territorios que habían dominado, los Guinea, con algunas otras familias del mismo origen, re-

sidentes en las Jurdes, se quedaron rezagados, reclusándose, para huir la persecución de que eran objeto, en las cavernas naturales que el país les ofrecía y al advenimiento de los pastores que apacentando sus rebaños dieron por casualidad con aquellos deliciosos valles y creyéndolos desiertos los repoblaron sentando sus reales, los Guinea y sus compañeros de persecución salieron de sus guaridas y se mezclaron y confundieron con los nuevos moradores.

Por las venas de Viriato como por las de Valdesca corrían, pues, varias sangres distintas: en ella, la de los primeros habitantes del país y la goda; en él, la goda y la árabe, con predominio marcado de esta última.

En Valdesca la sangre goda, tocada del desaliento de la derrota, hubiera degenerado a no ser estimulada en sus cualidades por el fresco vigor y la simplicidad salvaje de la sangre indígena, así como en Viriato aquella misma sangre, escasa y con la amarga levadura del vencimiento, hubiera dejado de ser fecunda a no encontrarse con el torrente de sangre árabe en toda la pujanza y brio de la victoria; mas perseguidos los árabes, como antes lo fueron los godos, esa mezcla de sangres hubiera producido una descendencia de seres tristes, recelosos, fugitivos, atormentados, sin arraigo en el suelo, sin esperanza en el cielo y sin fe en la vida, que hubiese caminado rápidamente a su total extinción y aniquilamiento, si las tribus de pastores, que aparecieron más tarde, no les hubiera infundido nueva savia y con ella la sencillez de costumbres, la apacible condición y la

reposada tranquilidad del hombre que se acerca a la tierra, no para disfrutarla momentáneamente a la manera del conquistador mirándola como amante voluptuosa y tornadiza, sino venerándola como a madre cariñosa, en cuyo regazo vivir feliz al amparo de un cielo benéfico y clemente.

Valdesca y Viriato, los dos infelices jurdanos llevaban, pues, en sus venas sangre de reyes, aunque los dos lo ignoraban, sabiendo únicamente lo que acerca de Valdesca contaba la desmayada leyenda, que, transmitida de generación en generación por tradición verbal, había ido perdiendo en veracidad lo que había ganado en adornos puramente fantásticos.

Las viejas de la alquería, sin embargo, no dudaban, lo creían todo y al ver pasar a la moza se guiñaban los ojos y la llamaban entre ellas la *Soberana*, no sólo atendiendo a su regio abolengo, sino por alusión al aire de dignidad de que se revestía siempre en todos sus actos.

Respecto a Viriato, las consejas, si habían existido alguna vez, se habían perdido después por completo y no quedaba mas que la noticia de ser de origen morisco, de que daba fe su tipo bereber: color cetrino, cara angulosa, labios belfos y ojos negros de mirada brillante y apasionada.

Los dos jóvenes se amaban desde su más tierna infancia y con aquel amor parecían sellar la unión de las dos razas distintas de que procedían: la de los hombres del Norte, riberanos del Báltico y la de los hombres del Mediodía, pobladores de las tierras africanas que encuadran el sahareño desierto.

Fusión esta de sangres que la humanidad necesita para llegar al equilibrio del temperamento, de donde surjan tipos de perfección física y moral cada vez más acentuada y que se ha realizado en numerosas ocasiones que registra la Historia, cuando no por otros medios, por guerras y choques de pueblos, naciones y razas, hasta que advenga un estado de civilización, apenas esbozado, en que tales choques sangrientos resulten innecesarios para ser sustituidos por procedimientos suaves y benéficos, pero más eficaces, orientados en el amor y la atracción de las almas y en la armonía de los intereses, bases sobre las que habrá de establecerse la organización de una sociedad futura, en que imperen la paz, la razón y la justicia.

A la lectura de la carta de Viriato, que el bueno de *Chafandin* había entregado a Valdesca, hubiera querido ésta sin vacilar, en los primeros momentos, descubrir al juez la verdad de lo acontecido, confirmando con sus propias aseveraciones acerca de la honradez y nobleza de su prometido y con todos los juramentos que hubieran podido exigirle, pues a todo estaba dispuesta; pero dominado este primer impulso, por las dificultades que le ofrecería vencer la prevención del juez, que ya conocía también por otras referencias, comenzó a llorar amargamente, pensando en su triste suerte y la de Viriato.

Mujer, sin embargo, enérgica, consideró como una debilidad aquel desahogo de su alma y enjugando su llanto echó a andar camino de la prisión. Detrás de ella iba *Chafandin*, y aquel hombre, subyugado.

por la heroica resolución de la joven, a la par que enternecido por el dolor de que acababa de dar la desgraciada tan claras muestras, comenzó a escogitar los medios de salvar la terrible situación a que se veía condenada la infeliz pareja.

Era *Chafandín*, en medio de todo, un hombre de bien, aunque a veces un tanto procaz, por no decir cínico, con cierto fondo de filosofía parda, una especie de Diógenes con la linterna apagada, pues si el célebre griego la llevaba encendida en busca de un hombre, aquél no necesitaba encenderla para encontrar fácilmente algún buen compañero de libaciones.

Flaco, huesudo, nervioso, pálido, de cabellos negros y lacios, frente prominente, ojos hundidos y boca sin dientes, más hundida todavía, sobre la cual campeaba un bigote japonés, aunque un poco más poblado de lo que suelen tenerlo los hijos de la remota isla, que como otra, similar suya, en Europa, ambiciona dominar su continente, ofrecía como característica fisionómica una mirada singular que pudiera calificarse de egocéntrica, pues al vagar errante y a menudo inconsciente sobre los objetos que le rodeaban, parecía como si girase en torno de algo que llevaba grabado en su interior, fijo, estereotipado, que ejercía la atracción de un imán poderoso sobre sus sentidos y facultades absorbiéndolas por completo y no era otra cosa que la imagen de aquel tosco vaso de vidrio que vaciaba con harta frecuencia y que besaba al dejarlo como se besa una reliquia.

Era de verle cuando a altas horas de la noche y

después de recorrer las estaciones, como él decía, llegaba maquinalmente, por instinto, aunque tras de enormes rodeos, hasta la puerta de su casa y teniéndola casi en frente esperaba a verla pasar por delante para meterse en ella.

Iba, venía a lo largo de la calle, subía, bajaba, daba vueltas y más vueltas, sostenía diálogos graciosos con seres imaginarios, a los que dirigía breves arengas que mezclaba con dicterios a su mujer, porque no le abría la puerta, cuando precisamente, según añadía, se sentía inspirado para trabajar en la figura de algún santo—porque es de advertir que *Chafandín*, a más de carpintero, era santero; es decir, hacía santos de madera, en lo cual se revelaba, si no como un artista de genio, por lo menos como tallista de mérito regular, menudeándole los encargos—; pero su mujer no le abría la puerta, y hacía bien, porque sabía que en aquel estado y a aquellas horas, no sólo no tallaba figuras de santo, buenas o malas, sino que hacía la más triste figura, amén de estropearle a ella la suya, que era en lo que subía de punto la habilidad de su consorte.

Así es que ella le oía como quien oye llover y le dejaba al raso en la calle, donde él seguía gesticulando como un payaso, gritando como un energúmeno hasta enronquecer, charlando, charlotteando, que no hablando, a compás de su lengua cada vez más perezosa y tambaleándose como lo que era, un ebrio, caía al suelo con los espasmos y convulsiones de un naufrago del equilibrio, y allí, en el suelo, tumbado sobre el vientre, sostenía luchas inverosí-

miles dando mordiscos al polvo cual si fuera un enemigo y extendiendo y agitando brazos y piernas, como si pretendiese abrazarse al seno ubérrimo de la tierra convertida a sus ojos en tonel inmenso de donde extraer en insólitas succiones, largas y no interrumpidas, el zumo, el néctar sabroso de todas sus viñas.

No hay que decir que *Chafandín* era pobre, muy pobre, y ¿cómo podía ser rico con tales costumbres, con el malhadado hábito que lo esclavizaba? Mas él lo ambicionaba, como todos en el mundo, porque entre cien ricos no habrá uno que quiera ser pobre, pero entre cien pobres no hay uno solo que no quiera ser rico.

Y él ambicionaba serlo, sobre todo y como siempre, para beber cuanto se le antojase sin límite ni medida y además de lo caro, aunque lo caro no es precisamente lo mejor, porque le quita bondad la avaricia de los hombres, que a lo malo le suelen cargar el sobreprecio de lo bueno para que lo parezca; pero ahora lo ambicionaba también por llegar a estar en condiciones de poder sacar de su conflicto a Valdesca, lo que, según él, se lograría en cuanto que se regalara al juez, porque pensaba, echando mano a un refrán suyo, no desprovisto de cierta lógica: o es un hombre de bien o un malvado, pues «al malo con un buen regalo; al hombre de bien... con cien».

Como este refrán tenía un buen puñado de ellos, algunos, bastantes, de su propia cosecha y los aplicaba siempre que venían a cuento y aun sin eso, por

verdadera comezón sanhopancesca, tales como: «en el mundo los *daca* son más que los *toma*»; «cuanto tienes, tanto vales»; «entre el oro y el moro, el oro y déjate del moro»; «sin dinero, no hay caballero ni rufian con buen dinero»; «a los respingos contesta con los *mandingos*», dando a esta palabra el significado de dádiva, y otros muchos que a lo mejor ensartaba en ringlera como los que enjaretaba a su mujer cuando le pedía dinero: «vengan perras y llámame perro»; «dineros son amores y no buenas razones»; «sin *dines* no se bebe vino ni se gana el cielo», y otros por el estilo que denunciaban el fondo escéptico de su filosofía parda y la opinión que tenía formada de la vida y de los hombres.

A la sazón decía a Valdesca para consolarla:

—Hija, ¡qué quieres!... «Al pobre por la pelleja y al rico por la faltriquera.» ¡Así es el mundo y así estaba hecho cuando a él vinimos; pero hay que arreglarlo!—concluía entre dientes y engarabitando el índice de su mano izquierda lo sacudía con fuerza como para afirmar que estaba resuelto a algo, aunque el movimiento tembloroso de la mano que sostenía aquel dedo parecía indicar que su poseedor era incapaz de realizar lo que se proponía.

Y hecho el aspaviento, allá se iba detrás de la zaga que corría presurosa al encuentro de su bien amado y en la inconsistencia de pensamiento que el bueno del santero padecía, aun cuando no acabara de beber, tan pronto veía a Viriato salir de la cárcel libre y dispuesto a convidarle generosamente para celebrar su buena suerte, a lo que él accedía sólo

por no dejar mal a su amigo, como creía jueces todos los cantos del camino con los que tropezaba al andar; tan pronto se erguía valiente para defender al preso, sustrayéndole a la acción inquisitorial de aquella justicia miope, más que miope ciega, como se escurría medroso huyendo de las garras de aquella misma justicia que le podía atrapar y entonces se arrepentía de no haberse detenido a tiempo de dejar a la moza que solventara sus cuentas por sí sola, ya que para ella serían también las ganancias, si las hubiera y éstas no le alcanzarían a él y, en cambio, le alcanzarían las pérdidas, que serían más seguras; pero al pensar así, casi en seguida se reprochaba su deslealtad con la muchacha no menos que con su amigo y en castigo de sí mismo por tan ruines pensamientos seguía a la enamorada con ánimo de no abandonarla, aunque le llevara a alguno de aquellos antros o cuevas que había en el país y parecían antesalas del infierno.

No era otra cosa igualmente la mazmorra que ocupara en la cárcel Viriato, un calabozo casi subterráneo, con una ventanuca en el espeso muro, a la altura de una persona de pie en la calle y en la ventana una espesa reja, a través de la cual se establecía la comunicación; pero para hablar el preso tenía que estar como colgado, pues estando el calabozo más bajo no era posible llegar por dentro a la ventana más que escalando la pared y así, con los pies en sendos agujeros fabricados en ella por el ansia de ver y hablar con la gente que había acometido uno tras otro a los que habían ido ocupando el ca-

labozo, con las manos cogidas a la reja, sacando un poco el hocico como una fiera enjaulada, así hablaba el preso y si alguna vez en lugar de hablar maldecía o blasfemaba, parecía mentira que no maldijera o blasfemara siempre.

Si a la reclusión se añaden esos horrores y otros que no son para descritos, la justicia parece tomar la forma de venganza que no se satisface con la privación de libertad y llega a injuriar la carne con la tortura, no bastándole sujetar el espíritu al aislamiento y a la estrecha disciplina de las prisiones. El preso debe estar en la cárcel, de modo que ya que no la ame no la odie, y la cárcel en forma que no lo parezca. Acercar al criminal al amor y al contacto de la naturaleza, es la obra redentora de la sociedad con los que han desconocido o ultrajado a la una y perturbado a la otra conculcando sus leyes y socavando sus fundamentos. La colonia penitenciaria se impone en toda su amplitud, en todo su desarrollo y con todos los complementos necesarios de higiene y de cultura. Es la única manera de regenerar al criminal, si de ello fuera susceptible, y si no lo fuese, la única manera de separar, de alejar con nobleza y dignidad, a la vez que con piedad, al delincuente contumaz y rebelde.

En el mismo edificio en que Viriato gemía en prisiones, pero en la parte opuesta a la que ocupaban los calabozos, había una habitación en la planta baja, una amplia cámara donde sentaba sus reales el Juzgado cuando iba a tomar declaraciones o a celebrar algún careo. Era una sala rectangular, grande, solem-

ne, con un solo hueco a la calle, por el que entraba, aún en pleno día, una luz parda, cenicienta, filtrada al través del ramaje de una opulenta higuera, y en el testero, sobre una tarima y bajo un severo dosel, levantábase una mesa enorme, donde campaban al lado de una antigua escribanía cuadrada, de bronce dorado, erizada de plumas de ave, folios manuscritos dispuestos en legajos atados con balduque.

A la izquierda de la gran mesa había otra más pequeña para el secretario, en la que no se veían más que una carpeta de hule un poco carcomida, un tintero de rara forma, también plumífero y una salvadera monumental que aguardaba la hora de vaciarse sobre los garabatos que la mano del curial trazara sobre el papel.

Precisamente aquel día se constituía el juzgado para la evacuación de varias diligencias relacionadas con las causas seguidas a diferentes presos, que, como Viriato, se pudrían en la cárcel y había ya comenzado hacía algún tiempo su tarea inquisitiva, que era labor negativa o poco menos para los intereses de la justicia, cuando Valdesca se acercaba a la ventana del calabozo en que Viriato jadeaba para sostenerse, ya en un pie, ya en otro como las grullas o agarrado a la reja con las manos dejaba los pies colgando para encontrar algún alivio a su incómoda postura.

En tanto que conversaba la infeliz pareja, *Chafandin*, el del bigote japonés, movido por el afecto que profesaba a los enamorados, comenzó otra vez a dar vueltas en su magín a la idea de salvar a su amigo, acudiendo a alguna estratagema o bien, si era nece-

sario, apelando a la violencia, a cuyo fin y rodeando la prisión con paso lento y no muy seguro, iba mirando de hito en hito los muros, tanteaba las puertas cerradas, husmeaba por las ventanas abiertas y acoplado en su sesera la disposición de unas y otras a un plano del edificio que se iba forjando, estudiaba las posibilidades de perforar aquí un tabique, talar o romper allá una pared, fijar acullá una escala, por la que seguramente no sería él quien subiera, levantar allí un pestillo, limar más allá una reja o bien dar el golpe entrando resueltamente por la puerta de la prisión, sorprender al alcaide, amordazarlo, abalanzarse al calabozo, quitar cerrojos y trampas y llevarse consigo al preso, para todo lo que había menester más fuerzas de las que él tenía, cuando, de pronto, sus ojos, mortecinos por falta del estímulo que los animaba y hacía brillar con fosforescencias de lobo, avizoraron a corta distancia de la cárcel una banderita de tela blanca con franja encarnada sobre una puerta, que era la de una taberna y la tela pintada la muestra que servía de reclamo y encaminándose a ella con toda la rapidez posible a sus temblorosas piernas, penetró con aire resuelto en la tasca, llamando al tabernero alcaide y presos a los vasos de tintillo que le pedía y que aquél, solícito, le servía sobre una mesilla mugrienta, donde sentado *Chafandín* remedaba al secretario judicial rasgueando con sus dedos manchados de vino, y al acordarse del juez a duras penas se levantaba para increparle a la par que se ponía muy serio y solemne, mientras contemplaba con torva mirada el abultado pellejo que tumbado

sobre el mostrador le surtía y apagaba la sed y se iba arrugando poco a poco como una pasa hasta quedar exhausto y dando pez contra pez.

En tanto, la conversación sostenida por los dos amantes había recaído sobre la situación del preso y los medios que arbitrarían para conjurarla. El amor, aunque era el que lo inspiraba todo, había quedado latente, oculto, velado por la urdimbre de los conceptos, razones y comentarios circunstanciales, no saliendo a relucir más que en el fulgor de alguna mirada o en el espejeo de alguna triste sonrisa que retrataba bien el estado de sus almas, donde el amor era como un mar de agua pura y cristalina, pero cubierto por un cielo de plomo.

Retiróse Valdesca de la ventana, sumergiéndose el preso en su calabozo y la moza echó a andar a la ventura buscando por todas partes para ver de encontrar a *Chafandín*, cuando al pasar por la puerta de la cárcel y viéndola abierta, la curiosidad y el instinto la empujaron y entrando primero tímida y avanzando luego resuelta, dió de manos a boca con la sala, donde actuaba la justicia en la persona de don Rufo Cervizalta, auxiliado por el secretario que garabateaba lo que aquél le iba dictando.

A la media luz de la estancia ni uno ni otro notaron la presencia de la joven, que, arrastrándose, más bien que andando a lo largo de una de las paredes y procurando reprimir el aliento que empezaba a sofocarla en fuerza de retenerlo y dominar el tumulto de su corazón que iba por instantes haciéndose sonoro como el redoble de una tormenta, llegó cerca del

estrado en el punto y hora en que el juez decía:

—Obra unida a los autos, como pieza de convicción, el hacha con que se perpetró el delito, del que aparece único y verdadero responsable el referido Viriato Guinea.

—No, señor juez—exclamó Valdesca, surgiendo de improviso ante los dos hombres, que, sobrecogidos de espanto, se levantaron de sus asientos como movidos por un mismo resorte—. Eso no es verdad, dicho con todo respeto. El hombre que acaba usted de nombrar no es culpable de nada más que de quererme a mi bien, si eso es culpa.

—¿Quién es esta mujer?—replicó el juez mirando a su acompañante—. ¿De dónde ha venido y qué quiere? El secretario se encogió de hombros.

—Quiero, señor, justicia—contestó Valdesca.

—Aquí estoy para administrarla; pero—añadió Cervizalta—este diálogo irregular no puede seguir sin desprestigio de esta toga que visto. ¡Ea, muchacha, vete, márchate y no vuelvas a perturbar con tus impertinencias la seriedad augusta de este recinto!

—Señor, señor; no me iré sin que me oiga—dijo Valdesca, mientras se aproximaba a la mesa y llevándose las manos al rostro como para ocultarlo se arrodillaba impetrando piedad.

El juez seguía mostrándose cada vez más impaciente:

—¿Has visto tú algo? ¿Presenciaste los hechos?—preguntó a Valdesca, y sin esperar su respuesta añadió—: «Mas a unque así fuera, *testis unus, testis nullus.*»

—Es como si lo hubiera visto, señor juez—contestó aquélla animándose, sin entender la sentencia latina de su interlocutor.

—¡Ah, eso más! ¿Testimonio de referencia? No me sirves—replicó el juez.

—Es que—repuso Valdesca, irguiéndose y mirando al juez con fijeza y valentía impropia de sus pocos años—. Es que... Viriato me quiere... yo también le quiero a él...

—Esas son cosas que a mí no me importan y a la justicia tampoco.

—Es que bien sabe él y sabe Dios que le quiero, pero... honrado... y si no lo fuera... no le querría.

—¡Bah! Estás loca, chicuela, el amor te ha trastornado y te lo hace ver honrado cuando no lo es.

—Es que si no lo fuera, yo no lo defendería, huiría de él avergonzada. Además, él me lo ha contado todo.

—Pues huye de él y de aquí, porque él te ha engañado y yo... yo no te puedo aguantar más.

—Mire que no fué él, señor juez. Busque bien y encontrará quién ha sido.

—¿Descargar la culpa sobre otro? Conozco esas tretas.

—Señor, señor—clamó gimiendo Valdesca—. Yo no vengo con tretas; vengo con la verdad en la conciencia y en la boca y la verdad es esa, que Viriato está inocente de ese delito como de cualquier otro, porque es muy bueno, es un santo.

—Un santo que roba a las ánimas.

—Ya le he dicho, señor, que no fué él; créame, créame, yo se lo pido.

—¡Ea!, se acabó—gritó don Rufo—; si no sales inmediatamente haré que ahora mismo te arroje el alguacil o el alcaide, que no debió dejarte pasar.

—Está bien, me marcharé, no se enfade; pero ya que no me cree, yo le emplazo al señor, de cuerpo presente o en efigie, para el día que Dios sea servido de hacer la verdadera justicia.

El juez hizo un ademán como ordenando a Valdesca ausentarse cuanto antes.

Y la joven salió lentamente de la sala, con la cabeza caída sobre el pecho, los brazos péndulos a lo largo del esbelto talle, abriendo y cerrando las manos alternativamente, como tratando de recoger ideas hasta del aire empapado, saturado de la verdad de sus afirmaciones, cual si fuera la estatua de la preocupación, tallada, esculpida por un artista genial que la hubiera infundido algo de vida, de aliento y de esperanza para contrastar con la ciega obstinación de aquel juez y la indiferencia supina de aquel actuario.

Al llegar a la puerta, Valdesca se volvió y mirando arrogante hacia el estrado dijo con voz firme y enérgica, mientras don Rufo, otra vez sentado, enarbolaba la pluma para firmar en los autos de la causa contra Viriato:

—Ya lo sabe, señor, queda emplazado.

El regreso a la alquería lo hizo la infeliz Valdesca escoltada por *Chafandín*, que al conocer el resultado de la entrevista con el juez, mascullaba improprios

y profería misteriosas amenazas y volviéndose de vez en cuando, mientras adoptaba un aire sibilino, gritaba, enarcando el índice de su siniestra mano, teñido con el vino campeche de la taberna y haciendo con él como de costumbre un dengue singular:

—¡Aquí va a pasar algo!

El regreso fué triste, tanto como era larga la distancia recorrida desde la pendiente de aquel calvario, donde quedaba el corazón de la joven atravesado por una espada muy afilada.

En la mente de la desdichada Valdesca se agrupaban ahora los recuerdos, mezclándose los antiguos con los recientes, los enojosos con los que no lo eran; pero siempre como los otros amargos, pues los recuerdos, por gratos que sean, tienen todos esa pántina de tristeza y melancolía de las cosas que fueron y ya no son, que han dejado de ser, de las cosas que han muerto en la realidad, aunque se conserven vivas en la memoria.

Atardecía. El cielo iba tomando ese tinte gris plomizo, señal de próxima lluvia.

Nubes ligeras y vaporosas se iban extendiendo como gasas que amortiguaban la luz del sol y en unos sitios se rizaban como encajes a través de cuyas mallas filtraba una claridad tenue y difusa, en otros se condensaban en una masa que remedaba algo el azul del cielo, pero más sombrío; en otros, en fin, se disponían en bolsas o bien en guedejas flotando al viento, en tanto que del mismo ocaso salían dispersos algunos rayos y como niños alegres y juguetones corrían de acá para allá pintando y repintando las

nubes con manchones grisientos, restregones de bermellón o toques de todos los tonos amarillos, desde el amarillo pálido al ocre y de éste al amarillo canario, que luego iban poco a poco desvaneciéndose hasta borrarse, mientras por todos los ámbitos del espacio cundía la sombra.

Poco después, entrada la noche, aparecía en el horizonte la luna en creciente, blanca y hermosa, tocada con negros velos como una novia enlutada.

### III

Como todo llega—según dijo Talleyrand—; como no hay plazo que no se cumpla —según dice mucho mejor que Talleyrand el conocido proverbio—; llegó, por fin, la hora de abandonar Viriato su prisión, pero para ser trasladado a otra, no para recobrar su libertad; así es que en lugar de ser hora alegre y de fiesta, como lo hubiera sido de haber quedado libre, lo fué de mayor duelo, porque iba a alejarse de aquellos lugares y a dejar de ver, quizá para siempre, a su bien amada Valdesca.

La suerte, el sino es tan benigno con unas criaturas como despiadado con otras. ¿Por qué?... «Estaba escrito»: Es la fórmula que colma nuestra ignorancia en este punto, fórmula que parece dar una explicación y en realidad no contiene ninguna.

Es lo cierto que para el desdichado Viriato iban a transcurrir así por lo menos cinco años. Cinco años como cinco lustros, más, mucho más, como cinco siglos, en que los días se iban a suceder terriblemente monótonos y monotónamente tristes, en procesión interminable y fatídica. Cinco años en que el cielo parecería enemigo y realmente lo había sido y

lo era, la tierra madrastra, amargo el pan, ingrata la compañía, las risas insultos, las voces denuestos, los gestos amenazas, los gritos clamores infernales y sus ilusiones fantasmas, las esperanzas ficciones de su deseo, los amaneceres ocasos y los ocasos noches sin consuelo ni medida.

En aquellos largos, inacabables, meses, su principal tarea fué la de mantener incólume su honrada dignidad, dentro del insano y mefítico ambiente que le rodeaba, procurando no contaminarse de los seres degenerados con los que estaba obligado a convivir, evitando, en lo posible, las ocasiones de una íntima comunicación y si alguna vez y a su pesar se presentaban, él las aprovechaba en suaves reconvenciones de que no hacían caso o saludables consejos que no atendían y cuando así sucedía, que era lo más corriente, él se retiraba a la soledad de su conciencia, encerrándose en un forzado mutismo para rendir culto a su ideal, personificado en Valdesca.

Esta conducta y costumbres le hicieron aparecer sospechoso a sus compañeros de infortunio, que ya le iban tomando como blanco de sus iras y rencores y mal lo hubiera pasado si, transcurridas las primeras semanas y viendo que no variaba de actitud ni de plan, no lo hubiesen tildado de chiflado y hasta de loco, con lo que mejoró su situación, pues se contentaban con dirle burlas y chanzas, apodándole por broma *El Ermitaño*.

Escudado con ese concepto que a él, revestido de un natural estoicismo, no le zahería ni molestaba en lo más mínimo, siguió en sus predicaciones entre

aquella gente, desesperando de obtener buen resultado, pero siempre abrazado al ideal que llenaba su alma y era lo único que le hacía soportable la vida en la prisión.

Entre los desgraciados que allí conoció había uno de su misma edad, natural de la misma comarca, víctima también inocente del mismo juez, acusado, si no del mismo, de parecido delito, el de haber saltado con otros compañeros la tapia de una finca para robar fruta.

De los compañeros ninguno fué habido ni se pudo saber siquiera si habían existido mas que en la imaginación del que denunciara el hecho, el propio dueño de la finca, primero de la dinastía de los Manrique, fundador del cacicato de la Alberca.

Aseveraba éste que recorriendo un día la heredad, armado de su escopeta, vió a unos cuantos ladronzuelos entrar a saco en el arbolado, dió voces intimándoles la rendición, pero se dieron a la fuga y en el momento que saltaban otra vez la tapia para huir disparó un tiro con pólvora y alguna mostacilla que alcanzó en las posaderas a uno de ellos, el cual fué detenido y declarado culpable como cogido *infra-ganti*.

El tal afirmaba, por el contrario, que iba a su trabajo por el camino que lindaba con la finca cuando le descerrajaron un tiro por la espalda que le hizo caer al suelo y al volver la cabeza vió a Manrique que se dirigía hacia él llamándole ladronzuelo y haciendo que le detuvieran por robar la fruta de su cercado.

Mas la verdad del caso era que Manrique había dispuesto del otro para ciertas comisiones, algunas muy delicadas, haciéndole su agente de confianza, que lo mismo entendiera en un desahucio cruel que en un arrendamiento abusivo, en un compadrazgo sospechoso que en un pucherazo electorero y todo fué bien mientras el uno mandaba y el otro cumplía al pie de la letra los encargos; mas así que en una de esas comisiones el primero fué desobedecido, temiendo la serie de delaciones que el otro haría y le pudieran acarrear disgustos, apeló a la estratagema de simular el robo de fruta y hacer recaer la culpa sobre el presunto delator para desembarazarse de él.

El asunto había ido a parar a Cervizalta; éste siguió su conocido sistema: pesó ambas declaraciones, la del denunciante y la del inculpado y como para él pesaba más la del albercano, le dió la razón al uno y fué condenado el otro.

Al verse éste en presidio, adonde llevó todo el odio y el rencor, muy justificados por cierto, que sentía por Manrique, observó bien diferente conducta que Viriato, pues en lugar de tratar de convencer a sus camaradas y convertirles a una vida mejor y más honrada, predicándoles el culto de los sentimientos nobles y de las costumbres apacibles, lo que hizo fué poner escuela de rebeldía excitándoles a confabularse contra los ricos y los poderosos que, como Manrique, abusaban de la superioridad de su posición y de su fortuna. Tan bien supo halagar sus instintos y pasiones, que todos tomaron partido por él, dándole el sobrenombre del *Muso* como para

indicar que de él recibían gustosos las inspiraciones; así, que no había protesta que no iniciara resuelto, plante que no capitaneara jactancioso o evasión que no urdiera astuto.

Lo contrario de Viriato, aunque los dos procedían del mismo país; eran de la misma profesión, los dos jornaleros; contaban la misma edad, habían entrado inocentes por la misma puerta y les aquejaba la misma lástima y, sin embargo, ambos reaccionaban de manera distinta y aun opuesta. Tan cierto es, que el bien como el mal, la verdad como el error, son en la mayoría de los hombres, si producto de su educación y medio ambiente, función más bien de su naturaleza y temperamento.

Entre el *Muso* y el *Ermitaño* había en esto una verdadera, enorme desigualdad: el uno era alto, recio, sanguíneo; el otro alto también, pero delgado, enjuto, bilioso. Polos opuestos en lo físico, lo eran más todavía en lo moral; así que el uno era humilde, el otro soberbio; uno franco, el otro taimado; uno magnánimo, el otro mezquino; todo lo que el uno tenía de llano, pacífico y generoso, lo tenía el otro de rencoroso, irascible y malintencionado. Al primero lo distinguía una imaginación viva y feliz, un carácter entero, firme, pero a la vez tolerante; al segundo una imaginación audaz y un carácter artero y ambagioso. El uno creía, el otro no tenía fe; el uno trabajaba, el otro holgaba; el uno predicaba el bien y lo practicaba, el otro inducía al mal con la palabra y el ejemplo; el uno edificaba, el otro demolía y, en fin de cuentas, ambos eran personificaciones contra-

puestas de las tareas de Penélope en la urdimbre de su tela, imagen de la vida: tejer y destejer.

No es mucho que entrando los dos en aquel lugar ominoso para ser amigos y laborar por la misma causa, la reivindicación de su inocencia, se sintieran incompatibles y lucharan, ya que no como enemigos, porque Viriato no era capaz de albergar el odio, por lo menos como rivales, a quienes la misma desgracia llevaba por caminos tan diferentes.

Así, en estas luchas llegó para Viriato la hora de dejar la prisión para siempre, si es que una nueva calamidad como la anterior no venía despiadada a encerrarle otra vez en ella, infundiéndole de nuevo ansias de correr, de volar a los brazos amantísimos de Valdesca, que, sin duda, le esperaba firme y constante como le había jurado.

Una nube, sin embargo, cruzó por su pensamiento. Él salía de la prisión inocente como había entrado, pero infamado y creía una insensatez, ya que no un cruel y fiero egoísmo, hacer partícipe a aquella pobre mujer de los infinitos sinsabores que le aguardaban.

Nueva lucha, ahora consigo mismo. La vida no es más que eso, lucha y lucha tenaz y porfiada con todo y contra todos, desde luego con los elementos, después contra los hombres. Al nacer los elementos nos combaten; al vivir nos siguen combatiendo; al morir triunfan. Los hombres los secundan y muchas veces triunfan antes que los elementos.

En cuanto a la opinión y fama que a los demás pudiera merecer ¿cómo confiar que fuera buena des-

pués de lo que le había ocurrido? Por él, sólo por él, poco o nada le importaba, teniendo como tenía tranquila su conciencia; pero sí le importaba por Valdesca, por aquella inocente criatura, sobre la que recaería todo lo ingrato y enojoso de la condición injusta y más que injusta, nefasta, a que sin culpa se veía sometido.

En semejante lucha estuvo hasta el día de su libertad; mas la pasión, como no podía menos de ser, arrolló por todo y allá se fué, a aquella inolvidable alquería, a ofrecer a Valdesca el tesoro de ternura que para ella guardaba, la honradez que había conservado incólume, el amor que le había acompañado y seguido sin abandonarle un momento como ideal de su vida y norte de su existencia.

Las bodas celebráronse humildemente, como correspondía a su pobreza y a la obscuridad en que le era preciso vivir desde que el mundo le contó injustamente en el número de los réprobos.

*Chafandín* fué el que hizo el gasto; mas de contento que estaba, casi no le cabía el vino en el cuerpo.

La llamada luna de miel de los recién casados no hubiera acabado nunca, si los sinsabores presentidos por Viriato, las penalidades auguradas en la cárcel, no hubieran acudido en tropel arrebatándole los hijos tras de horribles enfermedades y regateándole los recursos a que tenía derecho por su voluntad para el trabajo.

Tales desdichas y penuria tanta lleváronle a poner su esperanza en otra vida, en otras regiones más hospitalarias y hubo al fin de emigrar.

La emigración es como la lotería; para un premio, diez mil desengaños. Pero él no tenía éstos en cuenta, escarmentando en cabeza ajena, sino que pensaba sólo en el premio y pensando en éste se dió a soñar, que es como si viviera doble, pues si vivir es soñar, soñar es vivir dos veces, una en la vida real y otra en la fantástica del ensueño, tan real para la imaginación como imaginada parece aquélla muchas veces para el deseo.

Y soñaba... seguía soñando... con una hacienda, no muy grande, que pudiera él cultivar bien, donde cupieran por lo menos diez huertos como el que dejaba confiado al cuidado de Valdesca o al otro del Cerezal, por el que había suspirado tanto y todo ello cerrado en coto redondo, en el que fuera señor y dueño, pagando *motu proprio* al fisco, no perseguido por el fisco, no atarazado, no como allí, entre aquellas montañas, tendido en un verdadero lecho de Procusto por el bárbaro de Manrique que le tiraba de la cuerda para que le llegaran los pies a la medida, aunque le descoyuntara los huesos.

Y dentro de aquel coto con que soñaba, de aquel círculo de tierra, que sería igualmente de prosperidad y bienandanza, suyo y cultivado por él, ayudado por su mocito y si acaso por algún criado, a quien tratar humanamente retribuyéndole con largueza y asociándole a los beneficios, reconstruir su hogar, edificando en el centro, para vigilarlo todo, una buena casa, donde instalar modesta, pero cómodamente a la familia, educándola en las normas de trabajo y honradez en que había inspirado siempre sus accio-

nes, sin olvidar al ganado que le hiciera falta y colaborara con él en el fomento de la finca y al cual dedicaría vivienda aparte, sana, bien pavimentada y ventilada, con pesebres limpios y pienso abundante y hasta un pequeño local al lado para atender con esmero y como es debido al pobre animal que se pusiera enfermo, no menos que con el fin de evitar el riesgo del contagio de los demás.

Allí le gustaría a él madrugar, no perder el tiempo, conducir la yunta incansable para abrir los surcos hambrientos de la semilla prolífica, mirando piadosamente a su hijo trabajar con él, y allá, a mediodía, recibir orgulloso y satisfecho la visita de los dos ángeles habidos en su matrimonio. Leonarda y Dolores, Narda y Lola, como las llamaba cariñosamente, trayendo en sus manecitas la succulenta comida, compuesta y aderezada por Valdesca, para saborearla a la grata sombra de los árboles y tras la comida, la siesta y otra vez a trabajar hasta la noche, en que lentamente se encaminaría a la casa, donde les aguardara la reparadora cena, de que participarían todos reunidos, amén del criado o criados que tuvieran y que también serían sus comensales, porque también trabajaban y eran tan hijos de Dios como ellos.

Y allá, más adelante, ya vería él de distribuir el tiempo para que su hijo, sin dejar la labor, se instruyera y sabiendo leer, escribir y cuentas, que era lo único que a él le habían enseñado, aprendiera otras cosas buenas, otras materias que debería conocer: la Contabilidad, para llevar las entradas y salidas y arreglar el presupuesto de la casa y de la hacienda; algo

de Física y de Meteorología, para poder explicarse aquellos fenómenos atmosféricos que eran los reguladores de la producción de la tierra y a él le parecían indescifrables enigmas; bastante Agricultura, para regirse en sus faenas y operaciones del campo; algo siquiera de Gramática, para hablar bien y con corrección, comunicándose agradable y cortésmente con sus semejantes, no como un salvaje, del que apartarse y hasta reírse; algo de Geografía, para discernir los lugares y las distancias desde aquel ignorado rincón en que habían nacido hasta aquel otro país, en que estarían recogiendo el fruto de su trabajo, y, finalmente, algo de Historia, que leerían por las noches a la familia al amor de la lumbre en el invierno y en el fresco jardín en el verano y, sobre todo la Historia de la lejana patria, para no olvidarla nunca, para amarla siempre a pesar de todos los pesares.

Y así, soñando, soñando... a veces la hacienda aquélla parecía agrandarse, irse agrandando para poder ser partida sin detrimento entre sus tres hijos y cada una de las partes crecería y crecería a medida de su cariño, y es que el ansia de posesión no se satisface nunca, como si fuera hambre de muchas existencias que aun nos quedaran por vivir.

Y así, soñando... se fué acercando el momento de partir, llevándose consigo a las dos adorables criaturas que serían su consuelo en las horas de tristeza y su báculo en la larga travesía, el ansiado a la par que temido momento de emigrar; es decir, de dejar lo cierto, aunque sea malo, por lo dudoso, que puede ser peor; de desarraigarse del suelo en que yacen

nuestros mayores; de desprenderse y desasirse del mundo formado al calor de nuestros más puros y hondos afectos; de despedirse del cielo que coronó nuestras glorias y cobijó nuestras miserias; del lugar en que se meció nuestra cuna y aun perdura la sombra augusta de nuestros padres; del templo que recibió nuestras primeras plegarias; de aquel amado horizonte, en fin, al que tantas veces dirigimos la mirada, alegre o triste, mas siempre dulce y apasionada de nuestros ojos.

¡Emigrar! Pero emigrar es también vivir, es salvar distancias, correr países agujoneado por la necesidad, esa gran maestra y tutora de la vida; es marchar pobre y volver tal vez rico; no es romper con lo pasado, es robustecer el presente, preparándose un porvenir mejor; es moverse en más ancho círculo, en más dilatado espacio y si el hombre estuviera como el vegetal condenado a permanecer siempre fijo y clavado en la tierra donde nació, sería doblemente desgraciado y escena de terror pánico, verdaderamente macabra, verle mostrar en alto los brazos como ramas y las manos como hojas, demandando piedad como lluvia benéfica y ser desgajado por el rayo de la adversidad, sin hacer siquiera un movimiento por defenderse.

El día amaneció tan triste como aquellos otros que pasara en la cárcel. No sabía cómo salir de la casa. Con cualquier pretexto alargaba el tiempo y cada vez que se aproximaba a sus hijitas para llevárselas, una mirada de leona de la madre, la primera que le había lanzado así, le detenía. El aire, aunque fresco, de la

mañana le ahogaba; la angustia se sobreponía a su resistencia moral; ésta cedía y el proyecto de marcha era rechazado al punto como una idea diabólica que no debía realizar de ningún modo.

En otros momentos, cuando ya en pie y disponiéndose a partir iba a trasponer los umbrales de la vivienda, la vista de los tres castaños centenarios que había en la plazoleta de la entrada le conmovía hondamente y al contemplarlos tan fuertes, tan robustos, tan soberbios y frondosos, parecían decirle:

—Aquí nos tienes siempre en el mismo sitio. ¿Dónde vas tú, loco? Siglos llevamos nosotros aquí, en esta misma tierra que tú abandonas por creerla estéril e ingrata y ella es la que nos ha nutrido y nos sostiene firmes, vigorosos y corpulentos. Hasta las enfermedades que han abatido a los demás de la comarca, nos han respetado a nosotros, porque vivimos en este rincón apartado y tranquilo, donde tú puedes seguir disfrutando las delicias del hogar al lado de tu Valdesca, esa rosa fragante que embellece y perfuma tu pobreza y va a convertirse en morado lirio marchito de sufrimiento por tu abandono. ¿Dónde vas? La tierra es una madre que tiene su seno pródigo en todas partes y por escondido que aquí te parezca, búscalo y lo encontrarás. Allá, como aquí, puede estar tan oculto; de ti depende encontrarlo aquí tan bien o mejor que allá. Míranos a nosotros que lo buscamos con unas raíces muy largas y muy hondas. Cava mucho y cava hondo y hallarás el filón, si no de la riqueza, de la relativa prosperidad. La riqueza acaso no te hace falta ni te conviene, porque

de la riqueza al vicio no hay mas que un paso, el mismo que de la pobreza al odio de la riqueza, que es el que tú das ahora.

Mas entre él y los tres castaños, tan amigos y buenos consejeros, se interponía la sombra siniestra de Manrique, más extensa y más grande que la de aquellos gigantescos árboles y otra vez corría por sus venas el ansia ardiente de la liberación y entonces murmuraba:

—No; por mucho y hondo que cave y gracias a Dios lo he hecho bien, los tesoros del filón son siempre para Manrique, que me los arrebatara por astucia cuando no por fuerza y Manrique—añadía el cuitado con resignación melancólica—tiene más fuerza y más maña que yo.

Y nuevamente se erguía resuelto a partir; pero allá, lejos, en la falda de la montaña, veía surgir como un oasis de bendición aquel huertecico ameno cubierto y revestido de la envidiable pompa de su follaje, guardando como joyas los sazonados frutos o exhibiéndolos en ostentación, también consejera y amiga como la de los castaños.

Y así transcurrió el día y llegó el atardecer en un cielo triste, de tristeza infinita como aquél del Gólgota, cuando la maldad humana alzó sobre la cumbre del monte la cruz de Cristo a la vista de su madre. Las nubes ofrecían un tinte plomizo que gravitaba con enorme pesadumbre sobre la retina y formando estratos simétricamente escalonados en las lejanías del horizonte, dejaban pasar entre sus bordes afilados una luz amarilla, velada, sin irisacio-

nes y sin resplandor, mortaja del sol agonizante.

Y a la contemplación de aquel cielo se acordaba otra vez de Manrique y le parecía oír la voz del Crucificado, que decía:

—Antes podrá pasar un camello por el ojo de una aguja que entrar un rico en el reino de mi padre.

Transcurrió el día, llegó la noche y en la obscuridad de la mísera alcoba matrimonial, al lado y cerca de los seres tan amados, Viriato durmió; pero no, no durmió, no pudo dormir; pasó la velada peor que cuando estaba en el presidio, porque entonces siquiera le alentaba la esperanza y ahora le abatía, le agobiaba la desesperación.

Si se lo hubieran dicho, no lo hubiese creído, que al lado de Valdesca había de llegar a sentirse desesperado. No; imposible y, sin embargo, era así.

Las ilusiones del hombre son tan fugaces y pasajeras como los colores del arco iris, que a veces cuanto más intensos se ostentan, están más próximos a desvanecerse. Lo pasajero y deleznable parece ser la característica de la belleza como de la felicidad.

En el alma de Viriato seguía librándose una tremenda lucha. ¿Partiría? ¿Desistiría de marchar? ¿Se iría solo o marcharía acompañado de aquellos dos ángeles de sus hijas? No sabía qué hacer.

Por fin, un último pensamiento, obsesionante y definitivo, lo lanzó del lecho en que se revolvía y silenciosamente, como un ladrón, para no ser sentido, cogió a las niñas soñolientas, las cubrió con sus ropitas, casi haraposas y tomándoles las manecitas que

temblaban de frío y de susto, las arrastró suavemente hasta la puerta a punto que rayaba el alba y Valdesca, ya en pie y vigilante, le miraba sombríamente, como reconviniéndole por aquella precipitada huída, sin atreverse a decírselo.

En el alma de Valdesca la lucha confinaba en lo trágico.

Allí estaba también, mudo y sin aliento, el mozo, hijo de entrambos.

Viriato, sacando fuerzas de flaqueza, se despidió con un beso en el corazón de la madre, dado en la frente de su hijo y la cuitada mujer, al ver partir a sus hijas, sintió que se le abrían las entrañas y en un acceso de dolor inmenso gritó con rabia como si a las dos juntas las diera a luz entonces para morir en seguida desgarrada y sangrienta.

Al bajar al llano, *Chafandín*, ya en antecedentes, le aguardaba y no queriendo dejarle tan pronto le fué acompañando un buen trecho del camino. Cuando, después de abrazar al emigrante y besar a las chicuelas, que hacían mohines huyendo su aliento de aguardiente y el escarabajeo de su mostacho japonés, pero que en el fondo le apreciaban, sobre todo por los santitos de madera que alguna vez les había regalado y se llevaban entre los remiendos de su ropita, regresó al lugar en que habitaba, se prometió, al tiempo de limpiarse con el revés de la mano los ojos, humedecidos por el llanto, pues en ocasiones semejantes le daba por llorar, no beber ni una gota en todo el día, de pena que había sentido con la marcha de aquellos pobres; pero la suerte

quiso que tropezase con una ventecilla, donde— como él se decía—entraba pura y simplemente por desahogar su pena para ahogarla en vino.

Terminadas las libaciones, que fueron más de las acostumbradas por ser extraordinario el suceso, comenzó a subir por riscos y vericuetos con grave peligro de perder la vida en algún traspies y de poco en poco se volvía y mirando a lo lejos el estrecho y tortuoso sendero por donde se habían ido los tristes emigrantes, se asomaba luego con audacia increíble al roqueño balcón que se abría sobre alguna honda sima horadada entre aquellas montañas y encabritando, como era en él familiar, el índice de la mano izquierda, exclamaba con voz farfullante, pero estentórea, usando su eterno estribillo:

—¡Aquí va a pasar algo... y algo muy gordo!

Entretanto, los tres caminantes, formando el más interesante grupo, no sólo por lo que representaban en sí, sino también por el marco de dolor que les circundaba como aureola de martirio, seguían a pie su viaje o, más bien, su peregrinación, fiados en la piedad y la compasión de las buenas gentes, hasta que arribaron al puerto, uno de la costa gallega, donde el infeliz emigrante, olfateado por uno de esos ganchos que como aves de rapiña están siempre dispuestos a caer sobre su presa, tuvo que aceptar un contrato que en cualquiera otra circunstancia ya hubiera sido oneroso, mucho más con el infantil bagaje de las dos tiernas criaturas que llevaba a cuestas sobre su alma y había conducido a caballo sobre sus hombros, alternando una con otra, porque se cansa-

ban o se dormían, más de la mitad del largo y accidentado trayecto.

Veinticinco años antes había seguido el mismo camino su amigo y camarada Alejo Bonanza, aquel de quien dimanaban todas sus desgracias, y lo había andado también a pie, pero no por falta de dinero, porque con el substraído a las ánimas y el que con antelación se había apropiado de algunas buenas ventas realizadas por su padre, había logrado reunir lo bastante para llegar más cómodamente al puerto de su embarque para América.

La excesiva previsión, no menos que su exagerada tacañería, de que ya entonces comenzaba a dar claras y palpables muestras, le llevaron a mirar como oro en paño el peculio reunido y pasando por todo, sufriendo hambres, padeciendo fríos, arrostrando humillaciones, desdeñando afrentas, sirviendo de criado, de mandadero, de galopín de cocina, siendo perejil de todas las salsas, huésped de todos los figones, sin importarle dormir entre paja o sobre estiércol ni marchar aspeado y sudoroso, se creía un rey con tal de no ver enflaquecer su bolsa, que de vez en cuando acariciaba bajo la faja, por miedo de que se le evaporara, dejándola para mejor ocasión.

Ya empezaba, ya había empezado a adquirir, bien o mal, pues él no se cuidaba del modo; ya empezaba, ya había empezado a atesorar.

La facultad más general y más extendida entre los hombres es esa, la adquisividad, de la que, naturalmente, en más o en menos, todos están dotados; pero en Alejo Bonanza se iba desarrollando en tér-

minos de constituir una monstruosidad exuberante.

Él se había especializado en su ejercicio de tal modo, que acreditándose y distinguiéndose, como era de esperar y no menos de temer, llegaría a ser verdaderamente el príncipe, sobresaliendo como ningún otro.

Tenía lo que se necesitaba: condiciones naturales, audacia, despreocupación, poca vergüenza, menos crianza, menos corazón y menos conciencia, y encima de todo eso, suerte, una suerte loca.

No le faltaba asimismo cierta dosis de resignación filosófica, para contentarse a veces con un mendrugo, aunque fuera de pan duro.

—¡Bah! La Naturaleza no nos ha dado mas que una boca, y esa, si llega el caso, se tapa con una sopa; pero—añadía—el hombre se ha puesto unos cuantos bolsillos, puez ¿para qué ha de ser?... Para llenarlos, para guardarse el dinero, suyo o ajeno y encuéntrelo donde lo encuentre.

Y así lo hacía, no pensando que atesorar, guardar el dinero, parece no tener otro objeto que asegurarse, comprándola, la felicidad de la otra vida, sin reparar que allá, en esa otra vida, pueden rechazarlo como moneda falsa, lo que es más que probable.

De casta y herencia le venía a Alejo ser como era. Sus ascendientes habían tenido varios enchufes con gente extraña, recibiendo sangre de diversas procedencias: inglesa, no tanta yanqui, con mezcla de pelirroja, alguna francesa, pero sobre todo judía.

De esta mezcla de sangres había resultado en las venas de Alejo una tan fermentada, tan acre y corro-

siva, que no había impulso generoso, propósito levantado, sentimiento noble ni pensamiento grande que alimentara, porque de haberlo, al punto lo disolvía.

De tal mezcla de sangres daban fe los apellidos, no los inmediatos y patronímicos, que eran asaz españoles, sino los más lejanos de los que figuraban en su árbol genealógico, como eran el de Dérobe, el de Plunder y algún otro que sonaba a hebreo a cien leguas de distancia.

El viaje a América no le costó un céntimo; pero, en cambio, duró cerca de una cuaresma y no le costó nada, porque se enganchó de marinero en un barco de vela y no lejos de las costas del Nuevo Mundo el mar, con el lomo enarcado y erizado como el de un gato, estuvo jugando con él como con un ratón hasta que de un zarpazo lo metió en el puerto.

Poner el pie Alejo en aquella tierra, virgen cansada del vicio de su opulencia, que se entregaba a todos sin preguntarles quiénes eran ni de dónde procedían y que generosa y próspera otorgaba sus favores a todos los que se los sabían demandar, fué rendirla y avasallarla, pues su carácter y temperamento se avenían a maravilla con los hábitos de aquella encantadora sultana cubierta de ricas perlas y de ingente pedrería, que abandonaba indolente en manos, aunque toscas, hábiles como las de Bonanza y además famélicas que recogían hasta el diminuto polvo que matizaba de oro sus cabellos de reina de los mares.

Al cabo de algunos años y persiguiendo un negocio, del que se prometía regular provecho, regresó a

España y aunque el negocio llegó a fracasar, él no perdió el viaje, pues tuvo la buena dicha de conocer a Robustiana, la hija de unos mantequeros y chorizeros bastante ricos, con la cual contrajo matrimonio, volviéndose casi en seguida a América y entonces con más elementos, pues en aquella fiebre comercial que le devoraba, todo lo que no era la ganancia, el beneficio le parecía secundario y punto menos que despreciable. El amor para él no era un fin, podía ser un medio; el fin era el negocio.

La suerte le acompañaba y como la suerte es para algunos la piedra filosofal que encuentran sin buscarla y por la que se transmutan en el oro de la felicidad y del bienestar hasta los metales de los sentimientos mas ínfimos, como es una divinidad ciega que reparte sus dones arbitraria y caprichosamente sin ver las cualidades de los que favorece, como es una hembra casquivana y desaprensiva que mimaba a unos en demasía y desdeña a otros injustamente, al par de esa carrera rápida que llevaba a Bonanza al colmo de la riqueza, iba la de Viriato trazándose y desenvolviéndose en los mismos países muy lenta y trabajosamente.

Sus hijitas no era que le estorbaran, pero le preocupaban demasiado para poder moverse libre y desembarazadamente y eso que no habían tenido ninguna enfermedad seria, porque de haberla tenido, su preocupación se hubiera convertido en terror al considerar la inmensa distancia que las separaba de la desdichada que les había dado el ser.

¿Qué sería de ella y de su hijo? La incertidumbre

es lo que hace más dolorosa la ausencia. Las cartas no menudeaban, no podían menudear, dada la distancia y entre correo y correo pasaban días que eran siglos, porque los días tienen la duración que les dan las alegrías o las penas, no el calendario.

Y luego, había la carencia de buenas noticias que transmitir, sobre todo por parte de Viriato.

Sin embargo, lo mismo en el viaje por España hasta el puerto, en que había ido mendigando, que durante su estancia en América, que si no mendigaba también le faltaba poco, a consecuencia de la dureza de los contratos, cuyo importe casi en su totalidad iba a parar a manos de la casa que le había enganchado y con la que no lograba nunca verse en paz, los escasos recursos con que contaba los empleaba, antes que para alimento del cuerpo, para consuelo y recreo de su espíritu en sus cartas a Valdesca, largas, muy largas y que constituían el pan y la satisfacción de su alma.

Al fin y por azares de su accidentada vida llegó a dar con sus molidos huesos y sus asendereadas hijas en Colombia, orillas del río Amazonas, donde la naturaleza, con una profusión de galas y de bellezas y una magnificencia, no ya no superada, pero ni siquiera igualada por país alguno de los que había recorrido hasta entonces, ofrecía de continuo el espectáculo soberbio, inenarrable, de una vegetación lujuriosa, espléndida, monstruosa en fuerza de ser feraz, avasalladora y fecunda.

¡Y allí también había de perseguirle la pobreza!... ¡No; a él le parecía que no, a él le parecía ya que es-

taba en la antesala del paraíso y que habían concluído para siempre sus miserias y sus privaciones!

¡Cuán cerca está el hombre muchas veces de la felicidad que presiente, pero también de la desgracia que no espera y que le acecha traidora bajo el manto de la fortuna!

Un día, después de atravesar el río en una de las balsas que allí se estilan y que corren empujadas con un palo como si fueran movidas a vapor, siguiendo la caminata emprendida en busca de trabajo y apenas habían dado él y sus hijas unos pasos por la orilla, flanqueando el bosque y revoloteando las muchachas como mariposas, un enorme caimán, herido por un arpón que los de la balsa le habían lanzado, marchó con ímpetu hacia las niñas que tranquilas jugaban y reían a carcajadas en el momento en que el padre, conociendo por referencias de los habitantes del país las costumbres de tales alimañas, se abalanzó a las criaturas y cogiéndolas en brazos, en un supremo esfuerzo, cortó el viaje al animal, que fué a caer a los pocos metros para no levantarse más.

Pasado el formidable susto no tardó en advertir que una de las pequeñuelas oprimía contra su pecho un objeto que había encontrado poco antes de ser amenazadas por el caimán y en seguida pudo ver que era una abultada cartera, sin duda perdida por alguien, cuyas señas acaso contendría y era menester averiguar. Al efecto la abrieron y hecha la requisa de papeles y la búsqueda de documentos, lo primero que encontraron fué una gran cantidad en billetes, cuyo valor no bajaría de cien mil pesetas.

En uno de los bolsillos de la cartera, cerrado por un botón automático, había también varias monedas de oro.

—Cuando oro suena, labrándose está una cadena— murmuró Viriato entre preocupado y temeroso.

Con los billetes iban algunos documentos de interés y algunas tarjetas con el nombre y dirección de:

#### RÉGULO ENSEÑA

##### *Hacienda de Villacalma.*

Viriato no vaciló y en el acto formó el propósito de buscar al dueño de la cartera para entregársela tal como la habían encontrado y en su consecuencia pidió lenguas de la residencia del desconocido, obteniendo el mejor éxito sus averiguaciones, pues la hacienda en cuestión estaba próxima al sitio del hallazgo, no tardando en ser recibidos por el mismo don Régulo en persona o don Rego, como familiarmente le llamaba la gente de los contornos, a la que había hecho y seguía haciendo todo el bien que podía.

Enterado don Rego de la situación en que Viriato se hallaba, admiró más el rasgo de su hombría de bien y no hay que decir que al ser como era y compadecido del infeliz y de las pobres niñas, inmediatamente decidió admitirle en la hacienda como capataz, sin más informes que la honradez de que acababa de dar tan relevante prueba.

Era don Rego hijo de un acreditado comerciante

de Montevideo y hombre tan noble y generoso como su difunto padre. Cuando éste murió, el hijo se dió a viajar y en uno de esos viajes pasó por Colombia, le gustó el país y fincó en él, retirándose del comercio tras de una liquidación muy beneficiosa.

Era hombre enjuto, aunque había sido grueso como su padre, de sereno rostro, ojos vivos, dulces y penetrantes, párpados un tanto infiltrados que acusaban una lesión cardíaca o una afección renal o ambas cosas a la vez, un poco cargado de espaldas y de respiración fatigosa. Usaba bigote escarolado y mosca, que parecían hechos de un batido de clara de huevo, de blancos que eran y grumosos que estaban por efecto del cosmético.

Con toda aquella apariencia de un don Juan decrepito, no lo había sido nunca ni en conquistas ni en arranques ni menos en rufianadas. Era, por el contrario, un hombre cabal, un caballero intachable y, sobre todo, bondadosísimo; un verdadero bendito.

La hacienda de Villacalma, aquella posesión de don Rego, era realmente soberbia.

Cuando Viriato entró en ella y cuando por longanimidad de su dueño, en ella se instaló, se sintió como hechizado; tanta era la diversidad de las plantaciones y la riqueza de todo bien como Dios había llovido sobre aquella tierra por todas partes.

—Aquí—se decía Viriato—aquellos tres castaños de la lejana casita de la alquería vivían más que siglos y se criarían a millones y aquel huertecico triste que estaría cultivando Valdesca a fuerza de regarlo con su sudor sería un pasmo, un prodigio de

verdor y de hermosura, un brote inmenso y súbito de una naturaleza abundosa y fantástica, una conflagración de plantas entrecruzadas, formando un mágico laberinto, en un verdadero delirio de ramas y de hojas pomposas tendidas como verdes palios sobre la más leve mancha de sol que se atreviera a rutilar en el suelo.

Pero entonces se alzaba gigantesca en su espíritu la imagen de la patria adorada y ya no había para él cielo como su cielo, sol como su sol, noches estrelladas como aquéllas, ecos como los de sus montes, susurros como los de sus valles, belleza como la de sus cármenes cuajados de flores ni lozanía como la de sus campos matizados con el oro de sus espigas.

Allí no había serpientes ni caimanes. Entonces surgía el recuerdo del que había perseguido a sus hijitas, amenazando devorarlas y de nuevo se sentía sobrecogido de espanto; pero, ¡ahl, que si no había esa clase de enemigos había otros todavía peores y más temibles, como aquel Manrique, un don Rego al revés, malvado, traidor, hipócrita, rufián y usurero.

El recuerdo, nunca abandonado, de aquel hombre, le enardeció y temblando de emoción, escribió a Valdesca, dándole la buena nueva de su mejor ventura y encargándole prepararse para el viaje en compañía de su mocito.

Apenas escrita la carta, habiendo transcurrido unos dos meses desde la entrada de Viriato en Villacalma, don Rego, cuya salud seguía siendo mediana, enfermó gravemente o, mejor dicho, se agravó súbitamente en su padecimiento, sobreviniéndole fre-

cuentas colapsos, que hicieron temer por su vida.

Entre dos de aquellas angustiosas crisis y en un estado de relativa tranquilidad llamó a Viriato para decirle:

—Mire, tocayo—; éste era el nombre que daba a los que quería de verdad, fueran o no tocayos suyos—. Yo ya sé que muero pronto; pero antes he querido, mi amigo, dejarle feliz. No tengo familia ni otras obligaciones; así que he hecho testamento legándole todo lo que poseo, que no es poco, para que lo disfrute en paz con su mujer y sus hijas, esas dos niñas como dos pepitillas de oro, que han venido a alegrar los últimos días de mi vejez. El nuevo administrador que he nombrado y que no tardará en venir, pero que ya no me encontrará, le pondrá, tocayo, en posesión de todo.

Y dicho esto ante Viriato, que atónito le escuchaba sin atreverse a dar crédito a lo que oía ni a pronunciar palabra, mudo como estaba de emoción y de asombro, le entró al enfermo un sudor frío, pusiéronsele vidriosos los ojos y sin hacer mueca, contorsión ni movimiento alguno, expiró como un santo.

Viriato se quedó como quien ve visiones y aun habiéndoselo dejado todo don Rego, le pareció que todo se lo había llevado su valedor, pues más apetecía su protección cuando vivo que una vez muerto la cuantiosa herencia, a la que no creía tener buen derecho. Tanto pesaba sobre él todavía la nefasta influencia de Manrique.

Desaparecido el amigo y protector querido y mag-

nánimo, a cuyo benévolo amparo se había acostumbrado, todo le parecía cambiado, todo diferente de como era, todo envuelto en un tristísimo sudario; los campos yermos, los bosques desnudos de follaje, los árboles convertidos en secos troncos de amarillentas ramas, las aves sin trinos, las flores sin aromas, los arroyos sin su grato murmullo, sombrías las claras fuentes y velados los altos horizontes. Todo en ruina y silencio, en general desolación.

Reaccionando contra estos estados depresivos de su alma, consideraba otras veces lo que aquel santo varón había hecho suyo por una decisión de su voluntad magnánima y encontrándolo superior a sus menguadas fuerzas y desproporcionado a sus escasos merecimientos, se sentía verdaderamente agobiado.

En general, abrumba y causa dolor todo lo que es excesivo, lo mismo penas que alegrías, dichas que pesares. Parece que la naturaleza no nos ha puesto en el corazón más cuerdas que vibren al unísono que las del tono medio de los sentimientos. Las tonalidades muy altas o muy bajas del diapason moral se alcanzan difícilmente y con trabajo.

¡Pobre Viriato! No; él se contentaría con un lote no muy grande, unas cuantas hectáreas de terreno, las que él mismo pudiera cultivar bien, ayudado de su mocito y de Valdesca, así como de algunos criados de los que allí había, escogidos entre los mejores, a quienes trataría más que humanitariamente, como si fueran de su propia familia, asociándolos a los beneficios y lo demás lo repartiría entre otros tan desgraciados como él, que así le deberían su prospe-

ridad y le bendecirían como él bendecía al generoso don Rego.

Sumergido en estas cavilaciones iba en solitarios paseos por la finca, sin llegar, no ya a trasponer, pero ni aun a alcanzar las lindes de aquellos dominios, tan vastos eran, y muchas veces regresaba bien entrada la noche, cogiendo el relente, cuyos funestos efectos empezaba a experimentar.

Así, un día, cuando volvía de su excursión acostumbrada, se sintió calenturiento y poco después la fiebre le abrasaba, apoderándose de él un intenso delirio, en que se le representaba de nuevo la escena del caimán, mal herido por el arpón que le arrojaron, pronto a destrozar a las dos hijitas de su alma y entonces tenía que verlas a su lado y acariciarlas para calmarse.

No tardó mucho en acometerle otro acceso aun más formidable, que lo puso a las puertas del sepulcro y él, que se había librado del paludismo, allá, en el país natal, donde era endémico, fué a contraerlo en América, pues aquellas fiebres, estaba bien claro, eran de las llamadas perniciosas y aunque allí, muy cerca, tenía la salvación, el remedio heroico, la quinina, en el pequeño, pero surtido botiquín de don Rego, él lo ignoraba.

No se sabe los males que acarrea la ignorancia; si se supieran no habría un solo analfabeto en el mundo.

Al otro día, al presentársele un acceso, ya subintrante, esto es, horas antes de que terminara el primero, haciéndose rápidamente mortal, apareció en

la puerta de la estancia, donde agonizaba el desgraciado, el nuevo administrador, del que le había hablado don Rego, llegado justamente el día en que él se ponía enfermo por primera vez y que enterado de lo que a la sazón ocurría, sin que nadie le diera posesión, él se la había tomado interviniéndolo todo como si no tuviera dueño. Al aparecer el recién llegado en el umbral de la puerta, dándose a conocer por el título de su cargo, una mirada intensa, rápida, fulgurante como un relámpago, se cruzó entre los dos hombres... Se habían reconocido.

Pasado ese momento, el enfermo volvió a su delirio, seguía delirando siempre con aquel espantoso saurio, aquel caimán que tanto horror le había causado y mezclándose a su delirio vislumbres de razón y de cordura, al ver a su antiguo camarada *Cazuelo*, porque era él, que parado en medio de la estancia, le dirigía una sonrisa indefinible, se sentó en el lecho y con los ojos desmesuradamente abiertos, atrayendo hacia sí, como amparándolas, a sus hijas del alma, exclamó, haciendo un supremo esfuerzo:

—¡Ángeles míos... venid... venid conmigo!... ¡El caimán, el caimán!—gritaba señalando al recién llegado—; el caimán... la cartera... cuidado... venid... venid, hijitas.

Y cayó desplomado y sin vida, extendiendo sus descarnadas manos sobre las cabecitas angelicales de las dos desventuradas niñas.

Un mes más tarde Valdesca recibía un certificado de defunción, autorizado y visado en toda regla, sin

más carta ni más detalles ni referencia alguna sobre la suerte de las hijas queridas.

La noticia, dada así, brutalmente, a otra que no hubiera sido Valdesca, la hubiera matado en el acto; pero ella, tan dulce, aunque también tan enérgica, resistió, pudo resistir algún tiempo, no mucho, porque la pena por el muerto, aquella lanzada de la noticia, asestada por un Longinos sin conciencia y los dos clavos de sus hijas, de las que no volvió a saber por mucho que hizo y que indagó, la fueron desangrando poco a poco hasta que dieron en tierra con su organismo antes tan varonil y tan fuerte.

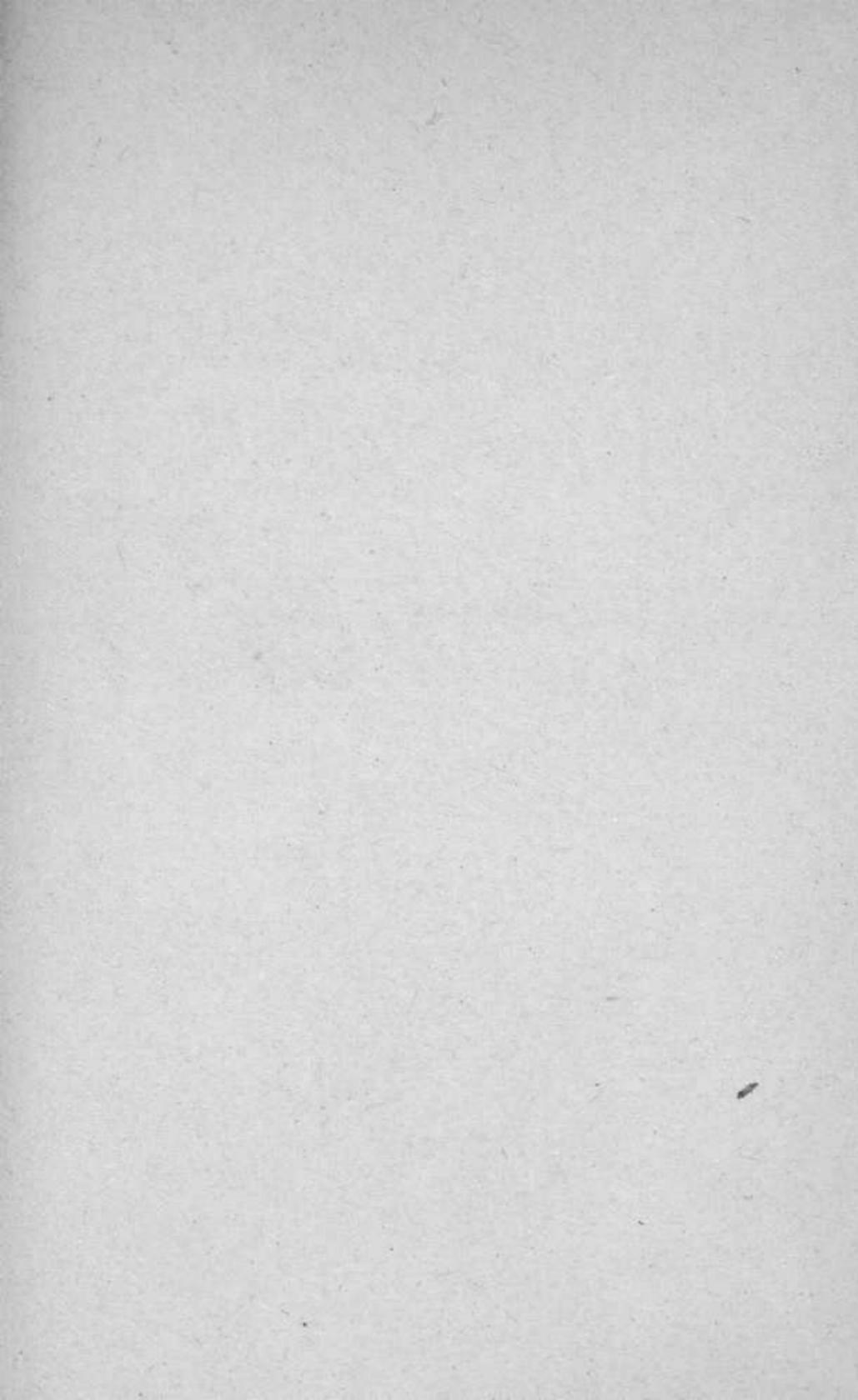
Cuando *Chafandín*, el del bigote japonés, se enteró del triste fin de su amigo, el jurdano Viriato, a quien tenía afecto, dejó de beber por espacio de veinticuatro horas: era el mayor homenaje que podía rendir a la amistad y al cariño; pero... pero al día siguiente sintió una sed rabiosa, insaciable y lloriqueando todavía, la primera visita que hizo fué... a la primera taberna que encontró y así, de una en otra, continuó hasta dar con sus huesos en la ventecilla de la montaña como las veces anteriores, cuando el pobre Viriato marchó a presidio y años después, cuando emigró a América con aquellos dos angelitos de quienes tanto se acordaba y al acordarse tanto se enternecía. Y arrastrándose, más bien que andando, fué a asomarse a uno de los miradores roqueños que se abrían sobre las simas profundas y después de una imprecación burlesca a su mujer, Epifanía, o *Pifania*, como él la llamaba, gritó con voz farfullante, pero estentórea:

—¡Aquí va a pasar algo, y algo muy gordo! Lo digo yo, *Chafandin*, que soy... profeta de la anarquía!

Y al sacudir el índice encorvado de su mano izquierda, como tenía de costumbre, dió tan violento impulso a su cuerpo que cayó de bruces al suelo y rodando por la pendiente de la montaña fué a estrellarse contra las rocas.

Atardecía. El sol poniente, ensanchado en su ecuador por una faja de tenues celajes que, encendidos al rojo blanco con entonaciones de rojo cereza, rodeaban su disco de un anillo como el de Saturno, parecía descender lentamente sobre las montañas azules que destacaban en el cielo puro y sin mancha los bordes de sus picos y cresterías, en tanto que sus faldas descansaban en un escabel de niebla que iba poco a poco subiendo hasta envolverlas en un cendal como un manto al que la luna iba a poner broche de plata. Arriba, por encima del sol que se ocultaba, refulgía el lucero vespertino a modo de un punto de oro en diamante, como afirmación de la vida universal que sigue el incesante flujo y reflujó de su eterno oleaje sin detenerse ante el dolor humano como el dolor de Viriato y Valdesca o el gesto trágico del vidente *Chafandin*, más bebedor que apóstol y más que apóstol, mártir de su justa indignación, ni ante las tenebrosidades de la tierra o el resplandor de los otros astros, como aquel último resplandor, aquel último rayo del sol que moría.

En preparación el resto  
de la PRIMERA PARTE



Jutangs  
(siehe bei Huraes)  
030 - Introduction

Ref. 01.21

€ 15€



**LIBRERÍA  
LA  
TRASTIENDA**

Ruiz de Salazar, 16  
Tfno.: 987 876 222

Mariano D. Berrueta, 11  
Tfno.: 987 215 285

**LEÓN**

[www.latrastiendalibros.com](http://www.latrastiendalibros.com)  
[latrastienda@inicia.es](mailto:latrastienda@inicia.es)

**Precio: DOS pesetas.**

G 300976